

Revista de Educación

(ABRIL - JUNIO 1956)

REVISTA DE EDUCACIÓN

HOMENAJE A MITRE

EMILIO A. BONNECARRERE, *Discurso en el Homenaje a Mitre*. JUAN CANTER, *Mitre en la historia. Mis recuerdos de Mitre*. NARCISO MÁRQUEZ, *Semblanza de Mitre*. LEONIDAS DE VEDIA, *Mitre*. FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ, *Mitre escritor*. ARTURO MARASSO, *Mitre*.

GEORGES GUSDORF	De la Prehistoria a la Historia
ÁNGEL J. BATTISTESSA	Lirismo y Presencia humana en los textos
GERMÁN GARCÍA	Las bibliotecas argentinas
MAURICE DEBESSE	La edad del escolar
CARLOS A. DISANDRO	El alma virgiliana
MARÍA DELIA ELIZALDE	La educación en Estados Unidos
JEAN BARUZI	Lenguaje Místico

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

SEGUNDO L. MORENO, *La escuela normal argentina*. CHARLES DUGAS, *El decorado de los vasos griegos*. ZULMA J. A. DE CASTELLANOS, *Sobre la finalidad de la zoología*. ARNOLD REYMOND, *La actividad de juzgar y el comportamiento de los animales*.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

GUY PALMADE, *Los métodos pedagógicos fundados en la vida social del niño*. IRIS A. IBÁÑEZ, *El profesor de idiomas y su porqué*. IBIS EDITH MARINOSCI, *La acuarela en el jardín de infantes*. LIGIA SPINA, *Niños superdotados*. G. BEAUDOUIN, *Una experiencia pedagógica*.

LECTURAS

JOSÉ E. RCDÓ, *El niño y los libros*. PIERRE LOTI, *Mis últimas cazas*. HEINZ WOLTERECK, *La más grande obra de la naturaleza*. BERNARDO DE BALBUENA, *El verano*.

LENGUAJE Y ESTILO

JULIO CASARES, *El diccionario como símbolo*. ARTURO MARASSO, *Aristocracia tipográfica y lexicográfica*. JUAN B. SELVA, *Enseñanza de la ortografía en la escuela primaria*.

BIBLIOGRAFÍA

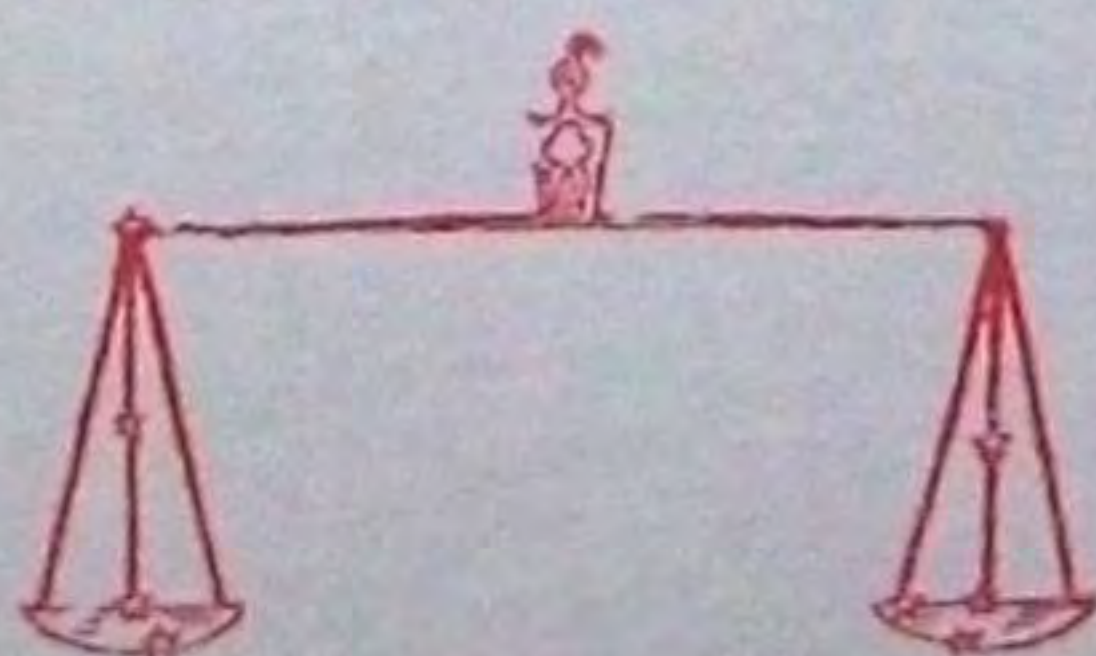
J. BABINI, *Qué es la ciencia*. M. COLLIS, *Marco Polo*. CHARLES D. LEY, *El gracioso en el Teatro*. G. ROBIN, *Las dificultades escolares*. R. MONDOLFO, *Sócrates*. ENRIQUE LOEDEL, *Física relativista*.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

JUAN GIL ALBERT, *Un mundo*. J. LASSO DE LA VEGA, *El bibliotecario*. FERNANDO H. CASULLO, *El folklore de los niños*. JULIA VIDAL SARMIENTO, *Los insectos en la superstición de los pueblos primitivos*. LA DIRECCIÓN, *Escribir y ser*.

CRÓNICA

N. C. MARCHI, *Los cursos de vacaciones*. A. TAPIA, *La construcción de una presa*. E. CARPENA, *El retorno sin gloria*. R. SARAVÍ CISNEROS, *La escuela poética platense*.



INTERVENTOR NACIONAL EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
Coronel don EMILIO A. BONNECARRERE

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
Don JUAN CANTER

SUBSECRETARIO DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Don FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN
Don ARTURO MARASSO

SECRETARIA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN
HAYDEE C. BLOTTO

La REVISTA DE EDUCACIÓN se publica mensualmente y forma volumen, con numeración corrida, cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Revista fundada por SARMIENTO en 1858

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas. Se vende en librerías a doce pesos.

Abril de 1956

Año I Nº 4 (Nueva Serie)
REVISTA DE EDUCACIÓN

Homenaje a Mitre

DISCURSO EN EL HOMENAJE A MITRE

Señoras y señores:

Cumplo hoy un gratísimo deber al presidir esta sentida ceremonia de homenaje a Bartolomé Mitre.

Homenaje que es grato a mi espíritu de soldado de nuestro Ejército democrático al recordar con veneración el magnífico ejemplo que nos legara este gran conductor en el campo de batalla, que tenía como uno de los florones más hermosos de su admirable escudo de armas el de haber sido Comandante de Artillería en la gloriosa batalla de Caseros; batalla en la que las armas de nuestro glorioso Ejército dieron fin a la primera de las oprobiosas tiranías que debió soportar nuestro pueblo.

Que es también grato a mi espíritu de ciudadano rendir un merecido homenaje al eminente hombre civil que anidaba en el General Mitre: paladín de la libertad y de la justicia, enemigo implacable de la tiranía y encendido defensor del federalismo consciente, limpio y responsable.

Y que es grato, por fin, a mi espíritu de hombre de esta nuestra Revolución Libertadora que ha venido a repetir la gesta heroica de Caseros en los duros y sangrientos combates que libraron nuestros civiles, soldados, marinos y aviadores, ansiosos de libertad, de verdadera justicia y de democracia, trayendo nuevamente a esta querida Patria el hálito de la moral elevadora, del trabajo fecundo y de la tolerancia en el diario vivir.

Es por estas causas, señoras y señores, que me siento profundamente honrado al poder rendir este homenaje al gran repúblico que fué Bartolomé Mitre y lo hago en nombre de esta provincia de Buenos Aires que fué la suya por nacimiento y por vocación, sabiendo que me acompañan todos sus habitantes, sin distinción de credos ni de partidos y solamente deseosos de hacer un alto en la fatigosa labor de todos los días para proporcionarse un tónico y un descanso espiritual bebiendo en las fuentes más puras de su Historia los ejemplos esclarecidos de sus próceres inolvidables.

Y de las múltiples lecciones que nos dejara el gran estadista que hoy recordamos, séame permitido actualizar una: la que nos legó en una frase que dijera refiriéndose a Adolfo Alsina: «Demostró ser un hombre capaz de abdicar los odios de ayer y las aspiraciones de hoy para elevar a las esperanzas de mañana y después de mañana, a las grandes esperanzas de los días que les sucederán en los tiempos y que irán desparramando a lo largo del camino las bendiciones de la paz».

Y con el alma llena de esperanza en nuestro magnífico futuro, despertada a través de los conceptos de Mitre, que son la voz misma de nuestra Historia, ruego a Dios conceda a todos los argentinos la merced sublime y el honor insigne de poder decir a sus hijos que han contribuido con su esfuerzo, con su dignidad y con su tolerancia a labrar el más venturoso porvenir para nuestra querida Patria dentro de los sagrados principios de nuestra libertad, de nuestra justicia y de nuestra nunca desmentida tradición democrática.

EMILIO A. BONNECARRERE.

Interventor Nacional
en la provincia de Buenos Aires.

La Plata, 13 de enero de 1956.

MITRE EN LA HISTORIA

La personalidad de Mitre, constituye un tema inagotable. Su nombre surge esclarecedor en forma inesperada ante insospechados y variados asuntos, al inquirir sobre cualquier acontecimiento de la historia nacional después de 1852. Anonada su actuación y la amplitud que ofrecían sus conocimientos: cada aspecto de su vida titánica o de su alma multiforme merece una biografía aparte. Sólo puede ser comprendido desplegando su completa personalidad, y acaso por esta circunstancia aun no ha encontrado un biógrafo de su total expresión.

Sabio numismático, historiador, bibliófilo, filólogo, excelso americanista, traductor de Dante, hombre de consejo de los gobernantes, periodista sin par, fundador de la Junta de Historia y Numismática americana, preclaro parlamentario, estadista-docente como lo denominara Joaquín V. González, es toda esa multiplicidad tentacular y magnífica, después de abandonar la lira, de estudiar con fecundo afán, trajinando por medio continente y combatiendo al tirano. Buenos Aires lo instituye en el campeón defensor de sus principios; la Nación encuentra en él a su unificador, al general en jefe de las fuerzas de la Triple Alianza, a su salvador en una delicada misión diplomática. Trabajando en el Sur, había recogido la fugitiva leyenda del mentado payador Santos Vega. Llegadas las horas inciertas, en momentos en que truenan el cañón, el artillero impávido, con gallardía impresionante dirige el fuego, pero sus hinchados faldones guardan algún libro. Cuando en el cruel trance marcha prisionero, se detiene ante las ruinas de Tiahuanaco y las describe. En circunstancias en que la muerte lo acecha en su prisión —en tan trágica expectativa—, Mitre escribe la *Historia de San Martín*. Es uno de los pocos argentinos que alcanzan la

inmortalidad en la vida y escuchan los sonos de la fama proclamando su misión providencial. El soplo divino que le ha ungido, no le pesa; es el hombre de siempre, señor de la sencillez y de la conducta invariable.

Mitre jugó muchas veces su popularidad, pudo llegar al poder una vez más, pero las reyertas intestinas lo preocupaban. Sostenía que el porvenir vaciado en una paz permanente era la ruta provechosa. El país en todo momento difícil confiaba en su experiencia y en su fuerza mental. Las miradas se dirigían entonces hacia la vieja casona de la calle San Martín. Era para los argentinos el clásico arúspice que concedía el pronóstico y determinación que debía seguirse, el milagroso interpretador de la divinidad o del destino. En momentos de hallarse pronta a estallar la guerra con Chile, Mitre aconsejó la paz. No fué un incisivo de la polémica y de la oratoria: se hallaba desposeído de excesos verbales. Era austero, sereno, dignamente persuasivo, aleccionador, constructor afanoso de difundir el pensamiento. Tuvo un ejemplo que siguió siempre; por ello toda su vida pública se rigió desde cierto momento por esa figura americana que tanto estudió y se adentró en él: la del Gran Capitán como él llamó a don José de San Martín.

Mitre nació en Buenos Aires el 26 de junio de 1821. Cuenta apenas seis años cuando en Carmen de Patagones es testigo del ataque de las fuerzas brasileñas y de la derrota de las mismas. Más tarde, hombre adulto, sorprenderá a los oyentes cuando narre el episodio mostrando su memoria portentosa. Escucha en su casa las impresiones de los grandes acontecimientos de esa etapa argentina que comprende la disolución del régimen nacional hasta el advenimiento de la tiranía. Crece en un clima amasado por la historia y los propios sucesos contribuyen a formarle una conciencia cívica imperturbable y un ideal de justicia hacia el cual tenderá siempre, tanto en el gobierno como

en la oposición. De tal manera la biografía de Mitre ha de ser la historia de la libertad de la Patria y de la Organización Nacional. Por imponer esa justicia será revolucionario, periodista y también por ella discriminará en la historia impartiendo el fallo de la posteridad. Ese anhelo justiciero llena todo el ámbito de la existencia de Mitre y hace que se lo pueda calificar de justo.

Cuando entra en la adolescencia y le apunta el bozo, su padre lo orienta hacia el campo. Ingresa en el establecimiento de Gervasio Rozas, hermano del Gobernador, con quien hacía pocas migas pues su orgullo era más fuerte que sus ambiciones. Mitre se pone en contacto con la tierra, con la tarea rural primitiva. Luego esa labor le servirá de conocimiento para no pocas de sus realizaciones argentinas. Ama el campo, el silencio y la soledad, pero quiere estudiar pues se siente llamado a grandes destinos: algo le está diciendo que es un predestinado. Además, en aquel rudo establecimiento no se le guardan las consideraciones que le corresponden. No es extraño, que a raíz de un reclamo, don Gervasio al remitir al joven lo acusara de ser «un caballerito que en cuanto ve una sombrita se baja del caballo y se pone a leer».

La familia de don Ambrosio Mitre no tarda en trasladarse al Uruguay. El joven estudia en el Colegio Militar; se bate en Cagancha y regresa a la Nueva Troya después de Arroyo Grande ostentando las insignias de Capitán. Trae en su bolsillo un cuadernillo pleno de letra menuda; es el Diario de su juventud. Allí se encuentran anotadas sus impresiones de gran lector, sus vocaciones, el presentimiento de la grandeza de su futuro y hasta algunos episodios en donde se aprecia cómo su destino lo resguarda de la muerte. Se diría, señores, que Dios está guiando sus pasos y protegiéndolo para la defensa de esta Provincia, de nuestra gran Buenos Aires. En Montevideo, a las órdenes del Gran Manco, manda la batería 25 de Mayo y

escribe: *Cuatro épocas*, Policarpo Salavarría y una biografía de Rivera Indarte; traduce el *Ruy Blas* de Víctor Hugo, colabora en *La Nueva Era*, *El Nacional*, *El Iniciador*, *El Talismán*, *El Tirteo* y en *El Corsario*; redacta *La instrucción práctica de artillería*; acude como fundador del Instituto Histórico Nacional e integra la Asociación Nacional y la Asamblea de Notables. Es amigo de Echeverría y se ha identificado con su pensar, con Mayo y con la Nueva Generación. Con la generación romántica e historicista que había tenido allí su fragua en la Nueva Troya, en las columnas del *Comercio del Plata*, donde Florencio Varela publicara la biblioteca de su periódico. Aquellos hombres se hallaban galvanizados por la irradiación ideológica del fecundo *Dogma* echeverriano y de sus palabras simbólicas, verdadero credo proyectado en las bases de la organización nacional. Un característico comportamiento estético dignifica a aquella juventud, que gallea con la pluma y las armas; impetuosa y audaz, pronta a rendir la vida en procura de un ideal impostergable, la liberación de la patria. Sentía esa amargura de la sumisión, de la mentira, de las cadenas impuestas a la inteligencia. Hoy, después de sufrir nosotros un régimen detestable, comprendemos mejor la historia argentina y apreciamos a través de nosotros mismos, a los hombres que proclamaron a Mayo, como signo de libertad y de argentinidad. He aquí por qué nuestra Revolución Libertadora es una derivación auténtica de los principios históricos y está también impregnada de Mayo la tierra argentina de amplios horizontes, de pampa abierta, ámbito del gaucho; no puede ser tierra de tiranía y es por imposición geográfica tierra de libertad, siendo esa libertad fuente de su historia. Si los argentinos, señores, habíamos liberado con la espada de San Martín a nuestro continente, cómo podíamos aceptar una tiranía y sobre todo un régimen despótico con características foráneas. He aquí cómo invocando hoy la memoria

de Mitre, traemos su historia escrita y su historia realizada y podemos decirle que ya su nombre no es silenciado, sino que venimos a honrarlo porque su ejemplo nos alentó a luchar contra la antihistoria personificada en un hombre que intentó hacer de esta tierra una plataforma para imponer el oprobio a la América por medio de histriónicas gesticulaciones.

El movimiento del 1º de abril de 1846 lo obliga a abandonar Montevideo y a proseguir su larga trayectoria de peregrino y su intensa brega. En una carta datada en Valparaíso a 28 de junio de 1848 y dirigida a Andrés Lomas, Mitre decía:

«Yo he recorrido una larga y penosa peregrinación. Durante ella he sido periodista, romancero, militar, poeta, ingeniero y político; he gozado de las ovaciones del trabajo y de las amarguras de la proscripción; he escrito dos periódicos; me he hallado en dos batallas; he recorrido a Bolivia de Norte a Sur; he mandado dos cuerpos militares; visité el célebre cerro de Potosí, recorrí el gran lago de Titicaca; exploré las ruinas de Tiahuanaco, he atravesado dos veces la cordillera; he estado en la isla donde nació Manco-Capac y he recibido toda clase de honores, inclusive los de la persecución, de cuyas resultas pasé al Perú, donde estuve cuatro meses gozando de muchas consideraciones, hasta que de aquí me hicieron varias propuestas para hacerme cargo de la redacción del «Comercio» o la del «Mercurio» y opté por la del «Comercio»... En todas estas alternativas de buena y mala fortuna jamás me he sentido abatido, y lo que es más, he salido de todas ellas con la conciencia tranquila y la frente limpia. He aquí lo bastante de qué consolarme...».

Vuelve del destierro para batirse en Caseros, para fundar *Los Debates*, para defender los intereses de la provincia de Buenos Aires, para elevar su voz en las jornadas de junio, para ser expulsado por su dignidad e intelligen-

cia, para retornar y nacionalizar la revolución del 11 de setiembre y redactar el manifiesto justificativo de la misma, para ser herido en el sitio de Buenos Aires, para batirse en Cepeda y en Pavón, para combatir la tendencia separatista en la provincia y federalismo doctrinario. Dirá así: «La provincia de Buenos Aires es un Estado federal, con el libre uso de su soberanía, salvo las delegaciones que en adelante hiciese al gobierno federal...». Pero observando: «Hay una nación preexistente y esa nación es nuestra patria, la patria de los argentinos. El pacto social de esa nación, el derecho, la ley preexistente... es el acta inmortal de nuestra independencia firmada en Tucumán el 9 de Julio de 1816 por las Provincias Unidas en Congreso y ese pacto es anterior y superior a toda ley...».

Su discurso en el Senado de la Nación del 16 de agosto de 1870 en plena presidencia de Sarmiento expresa un ideal de educación democrática y de obligación de acción docente de parte del gobierno. La Intervención Federal de la provincia de Buenos Aires, tiene patente sus palabras y se compromete ante el pueblo de la Provincia para tenerlas como orientación educativa en oposición al régimen de oprobio que reinara en el país. He aquí algunas de las expresiones del Prócer, a las cuales he aludido: «Educar al pueblo, es condición de vida, de orden y progreso, porque si la inteligencia no imprime su sello en la cabeza del pueblo, el pueblo será ignorante y en posesión de la soberanía hará a los gobiernos a imagen y semejanza suya, y el nivel político bajará cuanto baja el nivel intelectual». Para Mitre la instrucción es una función pública, constituyendo la escuela «institución porque sólo el Estado puede obrar sobre la masa, imprimiéndole ese movimiento uniforme y continuo que en este punto no es posible esperar de la acción individual».

Este fué Mitre. Este fué el ciudadano ejemplar que plasmó y organizó el país y cuya vida fué una entrega total

a la Patria y a sus instituciones. A los cincuenta años de su muerte, su espíritu, mezclado con el espíritu mismo de la Nación, sigue viviendo y marcándonos un noble e irrenunciable derrotero.

JUAN CANTER

Ministro de Educación
de la provincia de Buenos Aires.

La Plata, 18 de enero de 1956.

MIS RECUERDOS DE MITRE

Nací en un hogar en el cual se profesaba el culto de Mitre. Era una casa a la cual acudía un grupo de hombres austeros, cultivadores de la historia y actores en los sucesos en los cuales se plasmó definitivamente la organización nacional. Habían conocido los tiempos azarosos y defendido sus principios con las armas en las últimas refriegas revolucionarias argentinas. Algunos de ellos concurren a desalojar al salvaje de la pampa, conquistando el desierto para el patrimonio nacional. He ahí el secreto del aire marcial que se había posesionado de todo el grupo. Precisamente por dicha circunstancia fueron numismáticos de fuste, pues habían encontrado su símil en el endurecido metal. Es que entonces, en aquellos tiempos, se prodigaba hasta la vida en aras de los ideales. Vivían los componentes del referido grupo en plena tensión, insobornables, un tanto inactuales y absurdos para las nuevas generaciones, producto del aluvión inmigratorio. No obstante desechar cunas y abolengos, poseían una gran distinción y no dejaban de clamar contra la conciencia perturbadora asomada ya en raras gesticulaciones artísticas y en no pocos trastornos morales. El país se hallaba impregnado de ideas modernas, con ese signo dominante, visible en empresas prácticas, simbólicas del afán por la

riqueza fácil. Ajenos a adaptaciones, batiéronse entonces en retirada en actitud de rebeldía. Se encerraron en sus hogares a la antigua, entre sus libros y sus colecciones, asomando sólo en las fiestas patrias para mantener incólume la creencia en Dios y la fe en la grandeza de la Patria. Paladines fervorosos del credo mitrista, cuya adhesión entrañable al patriarca rayaba en un culto, y que lo consideraban un arquetipo, lo mostraban como ejemplo, y señalaban la trayectoria de su rutilante y fecunda existencia.

Ellos me llevaron a la vieja casona de la calle San Martín, remanso de paz, rincón de estudio y de curiosidades bibliográficas, muestra de un espíritu acrisolado y representación de una vida admirable.

Traspuse con paso trémulo la vieja puerta de típico aldaón, por la cual se asomaba un fresco zaguán de antaño. Conducido de la mano por mi padre me hallé azorado en presencia de Mitre, quien esperaba de pie junto a los libros de su inolvidable hijo Adolfo. Recuerdo su aire tranquilo y patriarcal. Cierro los ojos y lo evoco con la melancolía del recuerdo y la emoción.

Sí, yo tuve la suerte de conocer a Mitre; fué un día aniversario de la batalla de Caseros y fué el Ministro que habla, niño aún, quien entregó al prócer con sus manos trémulas la Orden del Sol, que San Martín ostentara en su pecho y que el padre del que habla había adquirido en el remate de la colección del americanista Andrés Lamas y que guardaba con veneración.

El recuerdo de aquella entrevista con el General Mitre quedó indeleble en mí, como todas las visiones de aquel día, ante la sugestión obrada por la presencia del gran hombre, cuyo rostro y mirada persistente causáronme tal impresión como jamás ningún ser humano me la produjo. Confieso también que fué la única vez que sentí en mi vida el contacto con la humana grandeza. Nunca podré ol-

vidar aquel aire pausado, tranquilo y patriarcal del General, «de el General», como todos decían separando de la preposición el artículo determinante. La herida aquella en la frente, estampada como beso de la gloria, quedóme grabada en la memoria. No podía apartar la mirada de ella; véola palpar aún con ritmo intermitente. La curiosidad infantil pudo más que el respeto, y como la fijeza en mis ojos fuera demasiado impertinente fuí observado por mi padre con la prudencia del caso. Pero entonces el gran hombre acudió en mi ayuda y, atrayéndome hasta él, continuó describiendo la batalla y aun justificando a Urquiza en el plan de operaciones.

Así es como la figura del patricio ha vuelto a cobrar vida para mí, igual que cierta vez, en un 25 de Mayo, cuando desde los balcones del escritorio de mi padre, presenciaba el desfile de aquellas tropas marciales de quepis emplumados a la francesa. Allí estaba, de civil, modesto cual un ciudadano más, hurtándose a los honores y retribuyendo el saludo de los jefes militares sorprendidos ante el sobrio gesto del antiguo generalísimo de la Triple Alianza. Cuando pasaba la bandera, con su chambergó, en amplio ademán, descubría su cabeza venerable.

Veo también su estampa inconfundible marchando por la vieja Florida de nuestros padres, un tanto inclinado, adornado su rostro por una leve sonrisa, con una mano atrás y la otra rozando permanentemente la ancha ala del sombrero, harta de retribuir tantos saludos. Grandes y pequeños hacíanse a un lado y se descubrían respetuosamente. No podía ser de otro modo; era la reorganización nacional que pasaba; el último de los grandes entre los grandes.

Llega asimismo el recuerdo postrero, el de un día canicular, detrás del féretro, con mi gorra infantil de marinero en la mano, marchando lentamente, próximo a sus acongojados y viejos amigos, fundadores y miembros de

la Junta de Historia y Numismática Americana, preclaros conocedores del pasado. Iba la cureña flanqueada por los cadetes de la Escuela Naval y del Colegio Militar, escoltando el último paso de Mitre por las calles de Buenos Aires.

Mitre había trabajado intensamente hasta sus últimos momentos, fiel a aquellas palabras que pronunciara en su discurso sobre *El sufragio* en 1874: «Los grandes hombres de la tiranía o de la democracia, mueren como Napoleón, atados a una roca y devorados por su ambición, o como Washington en la majestad olímpica de Mount Veron, porque fueron desarmados por el destino, o terminaron su grande tarea. Los jornaleros como yo, viven y mueren unidos al yugo del trabajo, y caen a lo largo del camino cubierto de polvo y de sudor como el último jornalero de la democracia».

La primera poesía que declamé en mi vida de escolar fué *«El inválido»* de Mitre. Este prócer, que amasó historia y aun la escribió, tuvo una vocación literaria. Él se lo dijo a Sarmiento en su *Carta-prefacio* a las *Rimas*, en defensa de la poesía. He aquí aquellas palabras íntimas, surgidas de un corazón que sentía a Horacio y amaba a la libertad: «Tengo otra razón más para odiar a Rosas, y la publicación de estas *Rimas* es mi venganza. Odio a Rosas, no sólo porque ha sido el verdugo de los argentinos, sino porque a causa de él he tenido que vestir las armas, correr los campos, hacerme hombre político y lanzarme a la carrera tempestuosa de las revoluciones sin poder seguir mi vocación literaria».

Para Mitre la prosa se había prostituído no pocas veces, en el Río de la Plata; en cambio, podía considerarse a la poesía un verdadero sacerdocio. Acerca de ello, expresó: «Entre nosotros, la tiranía de Rosas apenas ha merecido algunas coplas vulgares, porque la poesía que tiene el sentimiento de lo bello, huye de la fealdad moral, a la par que

se apasiona por la virtud y la justicia, que son un reflejo de la belleza ideal sobre la tierra. Por eso, los poetas del Río de la Plata han derramado en sus versos su amor a la libertad y su odio por la tiranía, guiados siempre por ese sentimiento de lo bello, que hace comprender cuánto hay de sublime y de hermoso en la libertad y en la justicia».

Forjador de la Patria, poeta, historiador, polígrafo, la vida de Mitre constituye una enseñanza moral y un ejemplo. La muestra documental que ofrece el Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires, es un ofrecimiento de historia viva a su pueblo, pues en esos testimonios históricos se encuentran estampados altos ideales de libertad y de dignidad humana. El señor Interventor Nacional, Coronel Emilio Augusto Bonnacarrere, visitará esa muestra para honrar una de las expresiones de argentinidad que auspicia nuestra Revolución Libertadora. No podía ser de otro modo, porque lo dinámico de la historia argentina y su fuente inspiradora es la libertad que naciera el 25 de Mayo de 1810. Echeverría quería volver a Mayo. Hace un siglo, mediante Caseros y la Constitución de 1853 retornamos a Mayo. En nuestros días, gracias a la Revolución Libertadora hemos vuelto, nueva y plenamente, a Mayo, al barrer lo esporádico, al quebrar las cadenas, al restablecer la justicia y la dignidad ciudadana por las cuales luchó ese prócer que se llamó Bartolomé Mitre.

JUAN CANTER

La Plata, 16 de enero de 1956.

SEMBLANZA DE MITRE

Hablar sobre la personalidad de Mitre no es tarea sencilla. A quien observe al patricio en el inmenso ángulo que exige su figura, resumiéndolo y abarcándolo todo, para luego expresarse con sincretismo agudo, le es fácil lo-

grar el acierto buscado en esa conjunción del sentimiento con la inteligencia: sólo bastaría decir que fué un grande y noble ciudadano. Pero cuando vamos disminuyendo la perspectiva, a medida que nos acercamos a la egregia figura y perdemos el dominio de la estructura total, para encontrarnos frente a una sucesión de ángulos, la tarea se torna difícil y compleja.

Decir solamente el nombre de Mitre produce un raro fenómeno auditivo que ha de conexiarse introspectivamente con otros de orden psíquico, condensando en torno a su egregia personalidad figuras diversas, como si dijéramos matices y claroscuros, tonos y armonías, ricos de esa sublime esencia visible a simple vista y susceptibles de ser captados por el más indolente de sus conciudadanos, pero de inapreciable valor para el estudioso que quiera analizar las virtudes del patricio.

Si preguntamos qué fué Mitre, bien podemos contestar, encerrando su enciclopedismo en el área reducida de la síntesis extrema, que lo fué todo. Y ello no le impidió ostentar, siempre, la sencillez majestuosa del sabio y la majestuosa sencillez del profeta. Y de todo aquello que fué ha dejado su fruto, como preciosa heredad de sus títulos bien habidos de historiógrafo y sociólogo, literato y poeta, periodista y traductor, publicista y político, tribuno y estadista, diplomático y militar, numismático y bibliófilo. Todo lo cual no impidió que su dinamismo creador lo llevara hasta la modesta pero importantísima función de bibliotecario de sus ricas colecciones, o de archivero del valioso documental histórico de su biblioteca privada, entonces y hoy una de las principales de América, y que su exquisita obsequiosidad hizo que la pusiera al servicio de los estudiosos de la época, pues a su muerte, el acervo de la biblioteca americanista del patricio estaba formado por más de 25.000 volúmenes, entre los cuales existen ejemplares rarísimos y únicos. El documental histórico, que compren-

de los archivos de San Martín, Belgrano, Pueyrredón, Domingo de Oro y otros varios, y el archivo de su documentación personal, de singular importancia, asciende a más de 50.000.

A esto debemos agregar la mapoteca formada por Mitre, la que a su muerte contaba con más de 2.000 mapas americanistas, y el monetario y otras colecciones numismáticas, entre las que se encuentran valiosas piezas de oro y plata, algunas raras dentro de la numismática americana y cuyo número a la muerte del general, ascendía, aproximadamente, a 36.000 unidades.

La capacidad de Mitre parece rebasar los límites lógicos concebibles para el hombre. Está documentada históricamente la compleja y delicada multiplicidad de tareas a que se abocó con casi sistemática simultaneidad. Su acción dinámica, sus energías inagotables, su fuerza espiritual poderosa, su exuberancia mental, son los factores ponderables que hicieron del hombre el ciudadano singular, múltiple, infatigable; el triunfador en todas las disciplinas a que se sometió para cumplir su misión de perfecto ciudadano. El área que ocupa es inmensa. A tal extremo que, sin jactancia alguna, puédese aseverar que abarcó dos o más ciclos en la historia de su Patria, que no holgadamente pudieron haberlo realizado otros tantos hombres de dos o más generaciones.

Fué veta del real saber dentro y fuera de su Patria, y dentro del compendio general de ideas, de acción y de sentimientos: si ideas, hondas y dilatadas; si acción, fecundo y tesonero en su empeño; si sentimientos, nobilísimo. De aquí la gratitud de sus conciudadanos, el reconocimiento continental y la admiración respetuosa, cientos de veces testimoniada desde todas las partes del mundo.

¿Qué villa, qué pueblo por modesto e insignificante que sea, no ha reconocido la personalidad histórica de Mitre, su rango de hombre integérrimo y, por encima de todo,

esa pasta de ciudadano, inconfundible y excepcional? ¿Qué pueblo no le ha rendido su homenaje póstumo, día a día, desde el memorable 19 de enero de 1906? ¿Y qué argentino no lo recuerda con el cariño con que se recuerda al abuelo que descansa de sus jornadas titánicas? No hay en América, lugar donde no se le tribute esa filial veneración desde el día de su muerte; fecha que se ha inmortalizado en su significación de fasto de la gloria rediviva que a todos nos alcanza por igual. Podemos afirmar que las tres Américas veneran en el ciudadano eminente al apóstol de la democracia continental y al héroe civil que confederó orgánicamente la nación de los argentinos.

Si para apagar el fuego volcánico del Secretario de la Junta Revolucionaria de Mayo fué necesaria «tanta agua», para Mitre, el ciudadano eminente, fué necesaria tanta tierra, toda la América, para contener ese torrente incontenible e inagotable de ideas que su mentalidad privilegiada vertía hasta en su senectud gloriosa, en que sólo la naturaleza pudo hacer cesar esos aluviones idealistas, con la misma facultad con que privilegió su envergadura singular.

Debemos recordar aquí las páginas de un poeta, el gran Almafuerte, que, en nuestro concepto, es quien ha interpretado en su oración la verdadera grandeza del prócer: «Las tumbas de los grandes no se riegan con lágrimas, no se pueblan con gemidos: son templos de meditación, sitios de tranquilo esparcimiento del espíritu como las cumbres desoladas de las piedras ciclópeas, como el fondo salvaje de los bosques milenarios, como la dorada soledad resonante de los trigales maduros. No se desciende a esas tumbas: se sube a esos sepulcros como a una torre, y se baja de ellos como del templete de un telescopio, con el alma cubierta de luz cósmica, constelada de fulgurantes polígonos siderales, aliviada de las miserias de la vida por el ósculo de lo infinito, contagiada de la imposibilidad olímpica

pica por el contacto de lo eterno, llena para mucho tiempo del equilibrio de los orbes, sahumada para siempre en la sencillez estupenda del Universo. Se despide —agrega— entre sollozos casi sensuales a un ser querido, a un miserando contingente ser querido; pero se contempla en silencio, con la mente agobiada por pensamientos enormes, vagos, inabarcables para el mismo que los produce, la caída del firmamento sobre el horizonte sensible, el reflujo del mar hacia sus abismos, la huída de las civilizaciones hacia las tinieblas impenetrables de lo que ya no será nunca, y la trágica boqueada postrera de los héroes». Y confirmando todo esto, como quien cincela el bloque para definir las líneas de las formas concebidas, Almafuerte recalca: «Y esto es así; porque los grandes hombres, aquellos grandes hombres donde suelen apoyarse y equilibrarse las potencias providenciales, no son hombres, son estandartes simbólicos; no son vida, son mecánica divina; no son trabajo, son función; no son cálculo, son impulso; no son lucha, son fatalidad; no son hijos de madre, son hijos de la Providencia; no refieren sus actos a sus contemporáneos, los refieren al porvenir; no caen en la tumba, pasan a la historia; no dejan de ser, son cada vez más fabulosos; no desaparecen del seno de una familia llenándola de dolor... quedan presentes, tangibles, concretos sobre la tierra, imperando con su realeza de supremos, con su candor de predestinados, con su luminosa aureola metafísica de semidioses». De estas palabras del poeta surge el hombre: Mitre.

Muchas biografías de Mitre se han escrito. Muchos ensayos y monografías. Firmas destacadas de las letras argentinas y americanas —y también europeas— han realizado el intento de estudiar la vida de Mitre. Pero al conseguirlo no han logrado obtener un trabajo integral de hondura y extensión digno del protagonista de quien se ocuparon. Es que ha sido tan vasta e intensa la acción en

que comprometió su vida, que la jornada intelectual se torna difícil, si no imposible, para lograr lo que hasta ahora no ha pasado de ser nada más que un deseo, un propósito. Algún día aparecerá en América el Plutarco que sea capaz de estudiar la vida sencilla, noble y múltiple de este padre de la Patria, y mostrárnoslo en toda su integridad.

NARCISO MARQUEZ

La Plata, 9 de enero de 1956.

MITRE

En este ciclo de disertaciones organizado por el Ministerio de Educación de Buenos Aires, para señalar una vez más a las generaciones actuales los rasgos que hicieron de Mitre el ejecutor de la unidad nacional y el ejemplo de un sacrificio sin pausa por la felicidad del país a través de la organización de sus instituciones más nobles y más puras, correspóndeme dirigiros la palabra. Bien sé que voy a referirme a una vida cuyo sentido renueva constantemente en la evolución argentina una enseñanza, una lección aprovechable. Y no ignoro cuánto bien puede hacer, sobre todo a las juventudes de mi Patria, el conocimiento y la familiaridad con todo lo que representó en la formación del país, la trayectoria de Mitre, organizador de la República desde el sueño de sus primeras manifestaciones casi infantiles, hasta la realidad de una conquista en la que no olvidó jamás —llamado muchas veces a los deberes de las armas libres—, su conciencia de intelectual, para quien el culto de la inteligencia al servicio de la belleza era también, y acaso por encima de todo, el mandato primordial. Esa devoción de Mitre —registrada ya en el diario juvenil de sus 18 años anunciadores— por el estudio, por la ciencia, por el arte, dió a su lucha política en medio de sus pasiones históricas un significado que debemos esti-

mar hoy más que nunca, seguros de que el designio con que supo alentar en su batalla civilizadora todas las inquietudes del espíritu, no era una improvisación, sino la conciencia de un hombre cuya visión del futuro le indicaba la necesidad de inculcar a sus conciudadanos el amor a la belleza en las más altas jerarquías.

El político, el militar, el gobernante de Buenos Aires y más tarde de la República, no abandonó jamás las responsabilidades del intelectual y del estudioso, y lo mismo en las célebres jornadas de junio de 1852 que en su tribuna periodística, en las arengas o en los mensajes, dió al país una de las más altas lecciones de cultura que haya recibido en el curso de su existencia. Todos sus documentos son el compendio de la sabiduría apoyada por la salud moral de que hablara Joaquín V. González. Así lo vió también Rubén Darío, cuando ya la inmortalidad de Mitre comenzaba a conquistar su destino por los caminos de su posteridad:

«¡Descansa en paz... Mas no, no descanses. Prosigue — Tu alma su obra de luz desde la eternidad. — Y guíe a nuestros pueblos tu inspiración amiga — De lo bello y lo justo, del Bien y la Verdad. Tu presencia abolida, que crezca tu memoria; — Alce tu monumento su augusta majestad; — Y que tu obra, tu nombre, tu prestigio, tu gloria, — Sean, como la América, para la Humanidad!...».

Bien comprendió el poeta de *Azul*... —cuando Mitre, muerto hace 50 años, renacía para su pueblo y para la historia— el sentido de la vida que se iluminaba al apagarse. El Ministerio de Educación de la Provincia, cuando la Intervención Federal dicta el decreto de honores a Mitre e invita al pueblo a evocarlo con el saludo de las banderas argentinas, interpreta con estas disertaciones radiofónicas la emoción de esas honras y aspira a cumplir con el deber que la liber-

tad ampara y la Historia estimula a través de sus páginas rigurosas. Hace ya muchos años que el juicio está formado. La espera póstuma a que se refirió un gran poeta francés, al aludir al silencio que suele rodear ciertas tumbas, después gloriosas, no existió para Mitre.

Siendo Sargento Mayor y ya fundador del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, había puesto como epígrafe de su novela *Soledad* estas palabras del *Childe Harold* de Byron: «¿Where should I steer?», «¿A dónde habré de dirigir mis pasos?». Es la síntesis biográfica, la expresión de una inquietud. Hoy sabe el país hacia donde iban los pasos del combatiente de Caseros, del enamorado de las rimas, del traductor de Horacio, de Víctor Hugo, de Dante; del lector juvenil de Hobbes, de Johnson, de Bossuet, de Michelet, de Lamartine y de Milton; del gobernante de Buenos Aires, del generalísimo de la Triple Alianza, del presidente de la República, del fundador de «La Nación», del historiador de San Martín y de Belgrano. Fueron siempre hacia la verdad, el bien y la justicia. A los 65 años, afirmaba: «La vida no merecería la pena de ser vivida, si ella no fuese lucha y trabajo consciente en pro del bien, que da su razón de ser a los hombres, su temple varonil a las almas y a los pueblos su destino glorioso».

Con ese espíritu estudió, buscando las verdades esenciales; y así luchó y gobernó, tratando de que la Unidad Nacional fuera también la unidad de su pueblo. Hoy podemos decir que su nombre nos une y nos reúne y que podría extenderse a la dimensión de la República la fórmula con que un día señaló en síntesis admirable la unanimidad del sentimiento por él inspirado: «A Mitre, todos».

LEONIDAS DE VEDIA

La Plata, 11 de enero de 1956.

MITRE, ESCRITOR

Mitre, como otros militares afortunados en la guerra o en el gobierno de los pueblos, que fueron asimismo escritores u hombres de pensamiento, debe más la perennidad de su nombre y el lugar eminente que ocupa en la historia nacional a su condición de guerrero, de político y de gobernante, que a su condición de escritor. La historia recuerda al general Mitre, al héroe de Pavón y Cepeda, al vencedor de la Triple Alianza, y al presidente de la República, y la luz meridiana de este destino suyo, tan ejemplar en muchos aspectos, deja como en la sombra al poeta, al prosista, al orador y aun al historiador insigne que convivían en él. El juicio que ha merecido de la posteridad lo ubica, con toda justicia, entre los grandes próceres de la Patria, y esta conmemoración dispuesta a los cincuenta años de su muerte por la Intervención Federal en la Provincia, mediante un decreto originado en el Ministerio de Educación de la misma, prueba elocuentemente cómo viven su nombre y su espíritu en los ámbitos del país que él contribuyera a forjar y a organizar en un momento crucial de nuestra historia. «Mitre —dijimos alguna vez— es el hombre providencial que surge en el momento preciso y su intervención en el doloroso pleito entablado entre Buenos Aires y la Confederación marca el triunfo de la justicia y la terminación de las luchas civiles en la Argentina. Él completó, pues, la obra iniciada por Urquiza y preparó el terreno para las presidencias constructivas de Sarmiento, Avellaneda y Roca, origen lejano, pero indudable, de la grandeza nacional del presente. Y si se une a esta circunstancia el hecho de que Mitre fué siempre, desde su adolescen-

cia hasta su muerte, un amante de la cultura y de las letras, por las que sintió verdadera vocación, y que es el primero y el más grande de nuestros historiadores, tendremos una idea aproximada de lo que fué en vida este grande hombre y de lo mucho que le debe la Nación a su talento, a su honradez, a su puro y desinteresado amor por la Patria y por sus conciudadanos».

Sin embargo, Mitre escritor merece un capítulo aparte en la biografía que alguna vez habrá de escribirse de este hombre extraordinario y múltiple.

Mitre fué, durante toda su vida, durante su larga y fecunda vida, desde sus años de adolescente en Carmen de Patagones, hasta su venerable ancianidad, vivida en su vieja casa de la calle San Martín, un escritor, un creador, en el más puro sentido de la palabra.

Poeta y novelista fugaz en su juventud, escribe en los momentos libres entre el resplandor de los vivaques, en el sitio de Montevideo, o en los países hermanos a donde, como un fugitivo de la tiranía, va en busca de refugio y de descanso para la prosecución de su obra de combatiente de esa tiranía y amante de la libertad. Periodista, funda diarios y publica en ellos poesías, artículos de combate, traducciones, esbozos de futuras obras sobre historia, sobre arqueología, sobre teoría y ciencia militares. Mitre, como Sarmiento, su ilustre contemporáneo y amigo, escribía y hacía periodismo de ideas como algo vital, inherente a su condición de luchador y de propulsor de grandes y nobles ideales. Y luego, logradas la pacificación y la organización nacional, su pluma sigue trabajando, sin prisa pero sin pausa como quería Goethe, y escribe las admirables Historias de Belgrano y San Martín, y talla en el aire y en el silencio de su estudio, esas piezas maestras de la oratoria argentina de todos los tiempos, que son sus discursos y sus arengas.

De 1838 datan sus primeros versos, los que bajo el título de *No tengo un nombre* aparecen en ese año en «El Iniciador» de Montevideo, adonde había ido a combatir a los secuaces del tirano. Mitre tenía entonces diecisiete años. De esta época y hasta los veinte años son todas sus poesías, reunidas más tarde en volumen con el título de *Rimas*. Mitre poeta es, pues, un episodio de su juventud. Sin embargo, sus versos alcanzaron gran difusión y fueron muy populares, contándose el prólogo de *La Cautiva* de Echeverría y «El inválido» de Mitre entre las poesías más leídas en ambas orillas del Plata. Las poesías de Mitre son por lo general breves y asonantadas, y muy parecidas en su forma a las que muchos años después adquirirían, desde la aparición de las *Rimas* de Bécquer, enorme resonancia en España y América. «El inválido» ya citado, «Recuerdos de Buenos Aires», «El vals», «El pato», «El ombú», «A Santos Vega» —lo primero que se escribe sobre el legendario payador en nuestras letras—, y la titulada «A la América» cuentan entre las poesías más conocidas de Mitre. Poesía fácil, espontánea y sentimental, reflejo de una época y de un modo de sentir la vida ya pretérito, ellas guardan sin embargo el encanto singular de las viejas láminas de los recuerdos familiares gratos a nuestro corazón.

La edición de *Rimas* de 1854 está precedida de una extensa carta prólogo dirigida a Sarmiento, conocida luego con el nombre de «Defensa de la poesía». Dicha carta es un estudio valioso de la bibliografía de Mitre, y consiste en una historia y un ensayo a la vez de la poesía y de la creación poética, desde sus más lejanos y legendarios orígenes, hasta la literatura moderna. «La poesía —dice en estas páginas, ricas de sugerencias sobre el tema que tanto apasionó siempre al ilustre historiador— es el puente misterioso que une al hombre físico con el hombre moral, y que pone en contacto todas sus facultades». Discípulo de Platón y de Shelley, Mitre siente a la poesía como una fuer-

za espiritual y moral de singular belleza, que es necesario estimular y vivir, como cosa propia, en lo íntimo del ser.

De su temprana vocación por las letras, habla con elocuencia, el llamado *Diario de la juventud de Mitre*, escrito entre 1843 y 1846, desde los veintidós a los veinticinco años, durante el sitio de Montevideo, mientras era oficial de artillería en el largo y cruento asedio de la ciudad hermana. En las breves e interesantes páginas de este diario, publicado por primera vez en «La Nación», en forma de folletín, en 1936, muestra Mitre, a la par de su gran vocación de lector, sus innatas cualidades de expositor sereno y ponderado y su irrestañable vocación de escritor. Su juicio sobre los autores y obras que leía entonces, muchas de estas últimas en francés: Villemain, Voltaire, Michelet, Lucrecio, Lord Byron, Lamartine, Milton, etc., como sus conceptos y glosas sobre la lectura, la poesía, la historia, la crítica literaria y aun la ciencia, revelan en él, a edad tan temprana que asombra, una vocación y aptitudes poco comunes para las letras. De esta época son también sus trabajos periodísticos en el Montevideo de entonces al lado de otros argentinos ilustres, que trabajaban en el destierro para derrocar a Rosas: Mármol, Rivera Indarte, Echeverría y Ascasubi, con los cuales comparte dicho empeño.

Sus dos ensayos de novela al gusto de la época, *Soledad* (1847), y *Memorias de un botón de rosa* (1848) aparecidos en La Paz y Valparaíso respectivamente, y los dramas históricos *Cuatro épocas* y *Policarpa Salavarrieta*, escritos en Montevideo en 1840, constituyen su contribución juvenil al romanticismo de la época.

Pero donde su talento literario alcanzó mayor brillo y originalidad fué en el terreno de la historia, que él cultivó como disciplina científica pero con una evidente preocupación por el estilo, y de ahí el valor a la vez histórico y literario de dichas obras. Su *Historia de Belgrano* y su *Historia de San Martín* constituyen dos joyas sin par en

el género de nuestra literatura y en ambas hay páginas: semblanzas, descripción de lugares y batallas, reflexiones, etc., de gran valor y de una vitalidad que ni los años ni las modas literarias han podido marchitar hasta hoy. Otras obras de este carácter: *Estudios históricos sobre la revolución argentina*, *El primer libro impreso en América*, *Comprobaciones históricas* y *Nuevas comprobaciones*, donde recogió sus artículos polémicos contra López, como asimismo *Las Ruinas de Tiahuanaco*, *Ollantay*, *El araucano y el allentiac* y el *Catálogo razonado de las lenguas americanas*, completan, en apretada síntesis, su labor de historiador y de polígrafo.

No podemos dejar de referirnos, siquiera someramente, a la gran labor de traductor que realizó, en diversas épocas de su vida, el general Mitre. Citaremos sólo la *Divina Comedia*, que, pese a la opinión ligera de algunos, merece, por su seriedad y por el acierto de la versión, figurar entre las mejores que se han hecho en nuestra lengua de la obra inmortal, lo mismo que sus hermosas *Horacianas* y sus traducciones del *Ruy Blas* de Víctor Hugo y de poemas de Virgilio, Lord Byron, Longfellow, etc.

En *Aréngas* aparecida en 1875 y reeditada posteriormente en 1889 y 1902, están recogidos sus discursos, muchos de ellos piezas maestras en su género, por lo noble de sus conceptos y por la elocuencia y belleza de sus palabras.

Mitre fué un escritor clásico, en el más puro sentido de la palabra. Amante él de los clásicos griegos y romanos —lector de Horacio, de Virgilio, de Plutarco—, su prosa tiene la majestad y la sobria belleza de sus maestros. En ella lo esencial es el pensamiento, las ideas que fluyen ordenadamente, y la forma, simple y casi sin adornos, es la que corresponde, siempre, a ese pensamiento y a esas ideas, que brotan con diáfana sinceridad de su cerebro, y que su pluma recoge dócilmente, siendo en él el quehacer del escritor un proceso natural hecho carne de su carne

y sangre de su sangre, lo que da valor y permanencia a toda su obra de escritor. Gran lector, su biblioteca de innumerables volúmenes que hoy se conserva en el Museo que lleva su nombre, fué en su tiempo la más completa del país en obras americanas. Su pasión por la lectura lo poseyó durante toda su vida. Como Sarmiento, leyó mucho, y de ahí su cultura intensa y excepcional. Se cuenta de él que al ir a entrevistar, como jefe de la Triple Alianza, durante la guerra del Paraguay, al general López, llevaba en el bolsillo un tomo de las *Odas* de Horacio, poeta que fué uno de sus autores preferidos y a quien tradujo admirablemente.

Gran repúblico, amante de la democracia y de la libertad, no pactó con los tiranos de su Patria, y así pudo escribir estas palabras de singular vigencia en nuestro tiempo: «La tiranía se levantó e imperó veinte años en nuestro país haciendo rodar cabezas y cayó al fin postrada por sus propios excesos, sin que un solo poeta le quemara un grano de incienso, lo que prueba que la poesía ha sido considerada entre nosotros como un verdadero sacerdocio, mientras que la prosa se prostituía torpemente». Y añade: «Entre nosotros, la tiranía de Rosas apenas ha merecido algunas coplas vulgares, porque la poesía que tiene el sentimiento de lo bello, huye de la fealdad moral a la par que se apasiona por la virtud y la justicia, que son un reflejo de la belleza ideal sobre la tierra. Por eso, los poetas del Río de la Plata han derramado en sus versos su amor a la libertad y su odio por la tiranía, guiados siempre por ese sentimiento de lo bello que hace comprender cuanto hay de sublime y de hermoso en la libertad y en la justicia».

Mitre escritor no fué inferior, en ningún modo al Mitre militar, al Mitre forjador y organizador de la Nación, al Mitre gobernante. Hombre de su tiempo, se dió a su Patria, a sus ideas y al noble arte de las letras con toda la fuerza de su espíritu. Su vida y su obra quedan, pues, in-

corporadas a la vida misma del país, y éste es el mejor premio con que una Nación puede recompensar después de su muerte, los desvelos y los sacrificios de sus grandes hijos que la han honrado siempre, como en el caso de Mitre, con la dignidad de sus vidas y de sus obras ejemplares.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.

La Plata, 13 de enero de 1956.

MITRE

Un saber inmenso, continuamente acrecentado y como nacido de su luminosa inteligencia, forjó su juicio, enalteció la generosidad ingénita de su persona, lo elevó a la universalidad del conocimiento, al «intelecto de amor», a la bondad personal, íntima y fraternalmente humana; ese saber estaba penetrado por el bien, por el número poético, concorde con las nobles aspiraciones que tienden a la belleza y la identifican con el alma. Mitre es la imagen de su propia vida, porque su vida, su obra, su pensamiento, crecieron simultáneamente; creció con los viajes de la proscripción, con los paisajes, las tradiciones y los hombres de América, con la lucha por la libertad, con su desvelo por el porvenir al que entregó su esfuerzo y su existencia; en la adversa y en la favorable fortuna, supo mantener el ánimo igual, la *aequam mentem* horaciana. Historiador, sabio, polígloto, lo forjó la llama poética; no concibió a la República sin la poesía, sin el espíritu inspirado, sin el aliciente que abre los espacios a la contemplación maravillada. La poesía fué el móvil de su acción en la verdad y en el bien; fué grande por ese resplandor que él quería inextinguible; por eso escribió la defensa de la poesía, y tradujo grandes poetas; por eso perseveraba para difundir con la belleza la esencia de

la que emanan las nobles acciones. Mitre fué, por esta alteza de su pensamiento, nuestro guía y nuestro maestro. Hay que penetrar más en él para descubrir la amplitud de su ejemplo y de su misión auténtica en la vida nueva que continuamente brota en la inmortalidad de la palabra. Por eso Rubén le dice: «prosiga tu alma su obra de luz desde la eternidad», porque esa fué su obra, «obra de luz», de ascensión a la luz vivificadora y creadora. Con valor sereno, con inquebrantable fe en la verdad y en la belleza, fué poeta, y al ser poeta lo vimos como maestro, en la iluminación de las letras, en su labor minuciosa, apasionada, reflexiva, estimuladora, que continuará en el tiempo. Él nos acercó a entender y a admirar, a ser universales al ser de América, a no encerrarnos en el límite estéril; a esta «obra de luz», obra prometeana, la prosiguió en nuestra Patria en una perenne esperanza.

Cuando llegué a leer vi en un libro versos de Mitre. También en la infancia leía la menuda letra de Mitre en una carta en que hablaba de «una inspirada armonía, en un lejano pueblo de mi Patria». Conocí por Mitre en ese lejano pueblo la extensión de la lengua española. El idioma se convertía para mí en un bien que había que conservar como el mayor tesoro. Mis primeros versos nacieron al encontrarme con su alma romántica, con su sensibilidad que no excluye la joya suprema: «una lágrima vertida»; en que la República aparece a sus forjadores como «una divina imagen que soñaron»; y en sus versiones y adaptaciones, la inspiración, alentadora de los egregios poetas líricos que él acercaba a nuestro anhelo; esa fe en la intuición coronada por el esfuerzo, «con ánimo valiente»: «Naturaleza y genio son aliados, — y todo cuanto el genio ha prometido, — Naturaleza siempre lo ha cumplido».

Estos versos crearon en mí la correspondencia generosa entre el universo y el hombre que lo busca; no es de

extrañar, que en los valles andinos, ante las montañas, mi adolescencia los llevara como un talismán invencible: «naturaleza y genio son aliados», me decía; y el genio aun en la tiniebla de la incompreensión y la desdicha, se unía a la divinidad que lo entiende y lo complace: «Fíate en Dios cuando los mares sondas, — que si no existen mundos ignorados — han de surgir del seno de las ondas».

Y así leí el *Salmo de la vida*, que él tradujo agregándole su propia convicción de trabajador del pensamiento en las gloriosas rutas ascendentes; era una voz de renovación y de comienzo; una voz que no se detenía al alcanzar laboriosamente un sitio; nos llamaba hacia los horizontes infinitos. Amamos a Mitre por habernos iniciado en el ideal humano, por habernos hablado de los principios nobles y trascendentes, por habernos dicho, estudia, trabaja, crea. Nos daba el ejemplo con tenacidad imperturbable, con su estilo que corregía y depuraba, con el respeto que el pensador debe al idioma bello. Lo abarcaba y lo llevaba a la expresión necesaria. En la escuela primaria me impresionó vivamente la lectura de páginas de la *Historia de Belgrano*. Sentí por el creador de la Bandera un amor de niño que no se extinguió nunca. Con la *Historia de San Martín* encerraba el ciclo y contenía el pensamiento creador de la República. El autor, con una acrisolada experiencia de épocas y de hombres, había llegado a la plenitud sabia de la crítica y de la psicología moral; los insustituíbles historiadores entraban en una valoración activa. En su mente latía la universalidad juntamente con el hecho; su juicio participaba por experiencia del propio conocimiento. Al leerlo se miraba a la Patria en su generosidad, en sus símbolos, con el deseo de servirla con orgullo de sus acciones ilustres; esa lectura abría extensiones desconocidas. Mi extremada pasión de niño por la historia creció con la consulta de aquellos capítulos insignes en donde la emoción me velaba los ojos. Indagábamos las proezas en esas noches entregadas al fervor de

los constructores austeros de la libertad ordenadora. Pasaban por nuestro cuidado los tomos. La sola mirada se enaltecía en esas bellas joyas de bibliófilo. Era entrar repentinamente en un labrado palacio. Una edición magnífica despertaba el primer respeto por la creación literaria. Los libros primorosamente impresos se ofrecían como un regalo. Bibliógrafo, Mitre pudo también apellidarse con justicia tipógrafo. El prefacio de las *Rimas* me decía un mensaje al que traté de ajustarme porque lo creí expresión de fe en la dignidad poética en la que se mantuvo. En la adolescencia leí la versión de la *Divina Comedia*. La influencia del gran poeta, exaltado en el ardor romántico y en la gentil expresión de vida nueva, era característica que llevaba desde la terrestre grada en la intimidad del símbolo. Asombra el trabajo de Mitre al traducir el poema; el prólogo, las notas, me confiaban un secreto sentido del saber minucioso, de lo que esconde en sus raíces la palabra. Sin dar su voz, en laborioso tiempo, a otra cosa que a la rima de los tercetos traía al florentino a nuestra tierra, le consagraba la vigilia de una poética irradiante. Esa consagración difícil, cuando tenía tanta reflexión inmediata y tanto ámbito propio, que ofrecía al tumulto la meditación del genio, debió producir en mis jóvenes años una impresión que sólo puede ser medida en la formación de la conciencia. Quería formar nuestra conciencia con la revelación poética. Si la música, la imagen, la metafísica lírica, la escondida sílaba y el ímpetu, se resisten al paso a otro idioma, la ardua empresa vencía la dificultad escuchando con sensible oído. Vuelto a la razón latina, a la libertad contenida en la expresión trabajada, a un todo en tan poca materia, se dió como deber a la orfebrería de las *Odas*. Las *Horacianas* con sus notas contribuyeron a atemperar mi adoración por el período grandilocuente. La magia de lo menor, de lo humano, podía penetrar en mí; resultaba difícil ajustarla a mis inclinaciones fervorosas. Un árcade, Mitre, me animaba a esa sabiduría sobria. El

texto puesto al frente me transportaba a la hermosura de la lengua latina que ansiaba conocer. Mitre, que era maestro, no podía olvidarla en la formación de nuestra Patria. Los nombres propios de Horacio tan abundantes, fortalecieron mi afición por el mito, por la historia y la geografía antigua. Ciudades, mares, islas, brillaban con vocablos que eran ya de por sí un prodigio. Mitre había estado en las Cíclades lucientes. Acompañaba a Horacio. Su camino fué el de la luz, el iluminante, el de la belleza, el de la amistad con las almas generosas con las que elevaba los muros de la República.

ARTURO MARASSO

La Plata, 7 de febrero de 1956.

De la Prehistoria a la Historia

La vida primitiva consagra el ya logrado equilibrio del hombre y su medio en un modo de vida. El anclaje trascendente del mito consolida por siempre la instalación ya realizada. El asiento ontológico de la repetición confiere un valor dogmático al orden establecido. El cambio es pues imposible, salvo en el sentido inmutablemente previsto por los ritmos del mito, principios de conservación dinámica que modulan la existencia individual o social. Por eso el hombre precategory es también el hombre prehistórico.

La definición de la prehistoria como edad del mito no dista mucho de las definiciones habituales. La cultura prehistórica es anterior a la escritura, y muy pobre en documentos figurados. No permite pues la aplicación de métodos filosóficos, y debe recurrir a los medios indirectos de conocimiento: estudio de los elementos técnicos, de los materiales y vestigios que conserven el signo del hombre en esos tiempos remotos.

La prehistoria escapa en principio a los historiadores. Incumbe a la geología, la paleontología, la antropología, métodos todos de exterioridad. Lo que equivale a decir que el hombre prehistórico no es testigo de sí mismo. No tiene conciencia de la calidad renovadora del tiempo que, ante los ojos del hombre histórico, transforma de una edad a otra el mundo humano y la vida humana. En el universo de la repetición mítica, donde todo es siempre igual, no podría haber «anales» de los pueblos. El hombre moderno, apasionado por la novedad, y para quien la novedad es un valor en sí, vive momentos históricos, oye y recoge palabras históricas, se precipita al paso de los personajes históricos. La historia aparece aquí como cierta actitud espiritual.

La noción de prehistoria no significa pues sólo que estamos en la imposibilidad de escribir la historia de ciertos períodos, de ciertas porciones de la humanidad. Quiere decir también y ante todo que si la disciplina histórica no se aplica aquí, es porque falta la materia misma. La conciencia histórica supone cierto sentido del hombre y una medida del acontecimiento, una manera de apreciar espontáneamente a los seres y las cosas, a lo cual permanece completamente ajeno el hombre mítico. Si los hombres prehistóricos no nos dejaron anales y crónicas de su vida, no es sólo porque no sabían escribir. Se podría sostener que no sabían escribir precisamente porque no experimentaban la necesidad de fijar su testimonio sobre su época. Vivían en lo absoluto, de modo que nada debía retenerse de una realidad siempre idéntica a sí misma. Aquí se unen las nociones de *prehistórico* y *precategory* o *prereflexivo*.

La mentalidad histórica es propia del Occidente moderno. La mayor parte de la humanidad sigue siéndole extraña, en el espacio y en el tiempo. Por ejemplo, no hay historia del Africa negra, y hasta para los europeos esta historia es casi imposible de realizar. Pero tampoco hay historia realizable del mundo oceánico. Más aún, las grandes culturas de Asia, que disponían sin embargo de técnicas de la escritura y de representaciones artísticas ricas y precisas, no se sirvieron de ellas para vivir históricamente su propia cultura ni para constituir una documentación histórica para uso de las generaciones venideras. No hay pues, por paradójal que pueda parecer, historia del mundo chino o del mundo indio. El desarrollo de esas civilizaciones se conoce sólo por tradiciones y leyendas, entremezcladas por otra parte de manera sistemática y tan sutil que los especialistas se orientan con dificultad. Los más seguros puntos de referencia de que disponen los sabios occidentales en esta materia, y casi hasta nuestros días, se reducen a los contactos de los viajeros europeos

con esas comarcas lejanas, jalones excesivamente raros para permitir reconstruir una historia cierta y continua.

Es necesario pues extender mucho el área de la prehistoria, comprendida no ya en el sentido epistemológico, sino en un sentido humano. Literalmente, es verdadero decir que la prehistoria engloba a la mayor parte de la evolución humana hasta nuestros días. Así como, por ejemplo, la historia de Egipto es una iniciativa, bastante reciente por otra parte, de los sabios franceses, continuadores de los especialistas llevados por Bonaparte, así, y más generalmente, puede afirmarse que la conciencia histórica es un regalo de Occidente al mundo moderno. Regalo además cuyo valor y oportunidad, para buena parte de sus beneficiarios, pueden ser discutidos...

Para comprender cómo el mundo mítico, el mundo prehistórico, pudo desaparecer, nos es preciso pues tratar de elucidar mejor el sentido del tiempo prehistórico. El tiempo interviene en la existencia como una cuarta dimensión que prolonga y consume todas las otras. Hasta se puede decir que sólo él las hace posibles y les da su pleno efecto. Así el tiempo no adquiere su más rico sentido sino en el dominio de la experiencia humana.

El mineral, en efecto, no tiene tiempo. Podemos sólo atribuirle una edad, como una referencia exterior y que no tiene realidad para él, sino exclusivamente para nosotros. El tiempo de la geología, en realidad, es un tiempo humano. Por eso el mineral queda prisionero de sus tres dimensiones, fijado en la inmovilidad molar, sufre pasivamente la erosión, las transformaciones físicas y químicas de que es asiento pero no sujeto.

El vegetal, por su parte, llega a la cuarta dimensión. Posee un desarrollo propio, que obedece a ciertos ritmos naturales, de la germinación a la fructificación y la muerte. Pero la planta está ligada a su ambiente, forma parte del paisaje, al cual procura utilizar para sus necesidades sin que su iniciativa, su derecho de reacción so-

bre lo real, pueda sobrepasar límites muy estrechos. Sin embargo la experiencia adquirida puede desempeñar cierto papel: adaptación y evolución son como un medio de almacenar las modificaciones acaecidas en el curso del desarrollo, las cuales por otra parte podrán en ciertos casos ser transmitidas por herencia.

En el animal se reencuentran los dos aspectos complementarios del tiempo como estructura del comportamiento: iniciativa con respecto al mundo e inscripción de la experiencia adquirida. Pero el arraigo del animal en su medio admite mucho más juego que el de la planta. Él goza de una gran libertad de movimientos, que le permite tomar distancia con respecto al paisaje. Búsqueda de alimentos, conducta sexual, acoplamiento, cría de los hijuelos, se realizan en un radio de acción variable según las especies, pero que puede ser considerable. Los animales migratorios disponen del espacio. Además, el adiestramiento de cada uno por contacto con sus semejantes y por el género de vida se sistematiza en hábitos, que representan una especie de memoria, es decir la herencia de sí a sí para mejor uso del medio. La complejidad de las conductas animales responde pues a un enriquecimiento considerable del tiempo vivido.

La experiencia animal queda sin embargo limitada, por hallarse estrechamente circunscripta la posibilidad de elección. Cada especie tiene su medio propio, fuera del cual le es difícil vivir. El mismo tiempo no abre sino perspectivas restringidas. Está definido por estructuras reflejas, dominadas a su vez por los grandes ritmos biológicos. El pasado se organiza en hábitos individuales o específicos. Es sólo un montaje sensoriomotor, y no un pensamiento. El presente se inscribe en el contexto inmediato de la acción. El porvenir tiene por único horizonte el juego de las tendencias en erección, o de los instintos. El animal que acumula provisiones para el invierno lo hace por obediencia a un instinto, y no por

previsión o cálculo: porque entonces todas las especies guardarían reservas, y sin duda no lo harían todos los individuos de una misma especie.

El tiempo animal es pues un tiempo coagulado, adherido al instinto que gobierna sus intermitencias. Es siempre muy pobremente conceptualizado, de modo que si el animal goza de cierto juego en sus condiciones de existencia no podría en ningún caso cuestionar esas condiciones mismas de existencia. Tiempo del mundo y de las cosas, tiempo que gobierna y no es gobernado: la brusca liberación de los controles instintivos moviliza las energías, sin que sea posible a la bestia resistir. La cuarta dimensión existe. No permite sin embargo al animal dominar las otras dimensiones del mundo, recomponerlas para disponer de ellas a su antojo.

Sólo en la experiencia humana pues, el tiempo se afirma en total independencia, confiriendo al ser que de él dispone un derecho de reacción sobre el universo. A partir de ello el tiempo es también la apertura de una nueva dimensión autónoma para el ordenamiento de las cosas. Deja de ser inmanente a lo real, como enligado en el acontecimiento, y al instante se vuelve cifra del acontecimiento, su posibilidad de darle un sentido. Sólo el movimiento, que se ejecuta en el tiempo, permite tomar la medida del objeto, situarlo en el espacio, pero esta primera determinación sensoriomotora no halla su consumación sino cuando el objeto señalado en la experiencia de la percepción y de la acción se halla igualmente ubicado en un universo del discurso, en que las realidades figuran no en su significación concreta y global, sino tan sólo como re-presentadas, es decir designadas por esa palabra que basta para situarlas en el orden del pensamiento.

El advenimiento del tiempo humano permite pues la «mentalización» de la experiencia. El universo del discurso se presenta como un conjunto de significaciones va-

lederas para el conjunto de las realidades, y en el cual es posible orientarse en pensamiento. La cuarta dimensión libera al hombre de la urgencia de las otras tres, y sin embargo ella multiplica al mismo tiempo la presencia en el mundo. Le da una ubicuidad potencial, de que nunca está dotado el animal. El tiempo permite el pensamiento porque reúne lo real. De una dispersión en el espacio hace una simultaneidad actual. El tiempo aparece así como la dimensión de la maniobra a la vez que la del conocimiento, la dimensión de toda maestría. El redoblamiento, por mediación del lenguaje, de la simple presentación física de las cosas en representación da a la actividad humana una eficacia de retraso que, justamente porque está diferida, se halla en la misma medida amplificada.

El tiempo interviene pues como posibilidad de neutralizar las influencias inmediatas por presencias mediadas. El animal dispone de una reserva individual de experiencia, en forma de adiestramiento, de montaje sensoriomotor de hábitos, que le conservan como un extracto y un compendio de su pasado para uso del presente. El pasado interviene aquí como una reserva de reacciones posibles para toda eventualidad. En el animal, se puede pensar que se trata casi exclusivamente de reflejos condicionados. En el hombre por el contrario, el pasado no se mantiene sólo en esta forma abstracta de reglas operatorias. Tiene también el comportamiento concreto de recuerdo individualizado. El tiempo constituye un conjunto de imágenes, de situaciones cuya eficacia se conserva aun fuera del acontecimiento actual que le dió nacimiento.

Así el tiempo se nos da como un universo intermedio, un mundo de posibles que corrobora y engloba al mundo real, un mundo de recursos para la acción y para el sueño, porque si el tiempo multiplica la presencia en el presente, autoriza también la ausencia, la colocación

entre paréntesis del universo y sus urgencias, y la evasión a lo irreal. El tiempo del hombre es la posibilidad de contar su pasado y premeditar su porvenir, como también la de novelar su actualidad. Es una de las cifras más significativas del ser en el mundo.

Hemos dicho, pues, que el hombre del mito es el hombre prehistórico. Es decir que su tiempo es un tiempo humano, pero no un tiempo histórico. La existencia humana aparece en efecto estratificada, como constituida por capas superpuestas de realidad. Hay primeramente un ser biológico del hombre, dado en su constitución orgánica y sometido a ritmos biológicos propios. A esta primera base se superpone otra: el hombre es un ser social. O más bien —porque también hay animales sociales que quedan pese a todo en un nivel mental bastante chato— el hombre es un ser *cultural*, es decir que vive en un nuevo medio creado por el hombre en el medio natural, para establecimiento y subsistencia de la comunidad.

Los análisis de la primera parte pusieron suficientemente en claro el sentido del ser cultural del hombre primitivo. La cultura está dada aquí como una segunda naturaleza, como una realidad indivisa en cuyo seno la persona no goza de una existencia autónoma. Se encuentra en cierto modo prisionera de los hielos, de tal manera forma cuerpo con el conjunto del universo humano. Sin duda, la cuarta dimensión temporal se ha superpuesto a las otras tres. Pero la perspectiva de la representación así abierta queda fija: es un punto de vista absoluto, que debe ser el punto de vista de todos sin ser el punto de vista de ninguno en particular, un punto de vista trascendente cuya rigidez dogmática se impone al pensamiento individual como un uniforme que no admite ninguna fantasía. De donde esta anquilosis estructural que destacamos en el pensamiento mítico.

El compromiso del primitivo con la comunidad es pues un compromiso sin elasticidad. La ubicación de

cada uno en el tiempo y el espacio obedece a un ajuste categorial fijado de una vez por todas en un punto medio que permite a todos una actividad groseramente satisfecha. Se podría evocar aquí el ajuste un tanto burdo de un aparato óptico regulado de manera tal que pueda convenir aproximadamente a todos. Esta regulación decisoria impuesta por autoridad ontológica, corresponde a las diversas estructuras míticas. El individuo no se conoce como centro del universo ni como origen de valor. Toda la verdad necesaria y suficiente se halla inscripta en lo real de manera definitiva. Lo absoluto, es la estructura que expresa a la vez la verdad del mundo Moral, derecho y ciencias, física y política, están contenidas en lo absoluto socio-mórfico, en suyo seno cada uno encuentra su verdad y el sentido de su vida.

Se ve pues en qué sentido se puede decir que el hombre prehistórico es a la vez un hombre precategorial. No que las categorías no existan: un primer universo del discurso está constituido por la meditación de la palabra y del mito. Pero no siendo el individuo sujeto de categorías, recibe ya hecha una inteligibilidad que no le corresponde a él inventar o modificar. El pensamiento se encuentra como fijado; la palabra adhiere al ser. Y justamente la separación de la palabra y el ser abrirá curso al pensamiento propiamente dicho, el desprendimiento del universo del discurso independizado del universo material y en adelante susceptible de permitir a cada individuo efectuar su juego sin peligro, en un campo de acción en que el pensamiento sólo se compromete a sí mismo y en que las libres iniciativas pueden darse curso sin comprometer por ello el orden del mundo y la salvación de la comunidad.

El primer universo del discurso coincide así con el paisaje de la comunidad. El despliegue de las ideas adhiere estrechamente al despliegue de las estructuras míticas en función de las cuales el medio se organiza. El mundo del mito y de la fiesta define un pensamiento objetivo, un

pensamiento que dispone de los hombres mucho más de lo que los hombres disponen de él.

El pensamiento precategorial es a la vez demasiado subjetivo y demasiado objetivo; es la expresión de un subjetivismo intemperante que cristaliza objetivamente al nivel del ejemplarismo mítico. Lo que a nuestros ojos falta es la idea de una crítica y de un arbitraje que intervenga entre los hombres como también entre el hombre y sí mismo. El pensamiento no es nunca reflejado, es decir devuelto a su fuente para ser examinado a la luz de principios que difieren del uso establecido.

Por oposición a la conciencia mítica, la conciencia histórica traerá pues, juntamente, la afirmación de la subjetividad personal y la de la universalidad objetiva como tales. La ontología mítica englobaba en un mismo conocimiento absoluto el reino de la naturaleza y el de la cultura. La edad histórica es el descubrimiento de la realidad humana, es decir de la temporalidad. La adquisición de conciencia de las categorías históricas —pasado, presente, porvenir— supone la adquisición de conciencia de un devenir humano específico, la idea de un drama y de una apuesta figurados por la ambigüedad del devenir. Este sentido mismo del devenir corresponde a la pérdida del anclaje trascendente que mantenía a la comunidad primitiva en su equilibrio tradicional.

El paso de una conciencia de estructura estacionaria a una conciencia de movimiento se ha efectuado pues. El hombre occidental moderno posee así, además del ser biológico y del ser cultural, un ser histórico, último componente de la naturaleza humana, y el más decisivo, pues imprime su sello propio a los otros asientos de la personalidad. En efecto, la historicidad de la persona se desarrolla sobre el fondo de un ser cultural, de cierto sentido de la civilización, también en devenir. Y este devenir, más lento que el devenir individual, supone igualmente una

evolución en el nivel del ser biológico. El ser en el mundo aparece pues verdaderamente movilizado. Es un ser en el tiempo.

Augusto Comte y Durkheim, como es sabido, no admitían esta dimensión personal. Según ellos, el ser del hombre se reparte entre la biología y la sociología, que bastan para interpretar su comportamiento global. El *homo sociologicus* —al menos hasta el momento en que Durkheim redescubrirá la autonomía de la voluntad—, queda al nivel del hombre prehistórico o precategorial, definido de una manera extrínseca en virtud de una especie de naturalismo de la cultura. El hombre concreto por el contrario, nos aparece en situación en la historia, por su participación en el desarrollo de la realidad cultural, pero también por la historicidad de su devenir personal.

Se puede anotar aquí que la humanidad prehistórica no tiene edad. Tratamos de fechar sus fases sucesivas gracias a puntos de referencia geológicos, o bien en virtud de criterios técnicos: edad de la piedra tallada, o pulida, edad del bronce, del hierro. Fórmulas imperfectas y de gran imprecisión cronológica. Es que esas eras primitivas no nos entregan acontecimientos históricos que permitan fijar fechas por su decisiva influencia en la evolución. Y esta ausencia de acontecimientos no se debe a la imperfección de nuestros medios de conocimiento. Es constitutiva de la realidad humana considerada. Igualmente, no hay, entonces, personajes históricos, es decir hombres que impriman su sello a la historia. La época prehistórica es el reino de la impersonalidad. Los individuos no emergen de la masa. El *yo* es prisionero del *se* que lo engloba. La edad histórica es aquella en que los hombres dan un sentido al devenir. En la edad prehistórica, el devenir cuenta más que los hombres, y hasta sus invenciones técnicas, presentadas siempre por otra parte como dones divinos, parecen más bien producto del azar, o de un de-

venir material, que obra de una iniciativa personal. La historia nace con el paso del reino del *se* al reino del *yo*, con la entrada del hombre en escena no ya como especie, sino como individuo.

La humanidad entró en la historia cuando el hombre tomó conciencia de su propio destino en la cifra de la historicidad del devenir.

GEORGES GUSDORF

Traducción de Iris Acacia Ibáñez.

Lirismo y presencia humana en los textos literarios y no literarios

Se suele atribuir al lenguaje científico una precisión que le es necesaria, pero que no siempre posee; en cambio es corriente achacar a la terminología de la investigación y del análisis literarios una vaguedad y un desajuste que para muchos parecen inevitables, y que según buenos indicios pueden no serlo. Esa previa, casi diríamos necesaria vaguedad constituye el signo de que nos hallamos frente a esencias reales pero de ardua y trabajosa captación, apenas dominables después de un recio y firme y bien preparado asedio. No se trata de decidir si esta o aquella disciplina es la más importante, puesto que en el repertorio de los saberes nada o casi nada parece prescindible. La estética disfruta sutilezas que ignora la matemática; la metafísica padece nubarrones que la lúcida geometría desconoce. Todo ha de verse según su índole. No se niegan las dificultades de lo que es del orden del conocimiento de la materia o del conocimiento de las leyes de la física, pero menos puede negarse lo que se sublima sobre las jerarquías del espíritu: lo que pende, en consecuencia, del sesgo personal, de la libertad que actúa, del ademán imprevisible. Uno de los universitarios contemporáneos de criterio juiciosamente orientado, J. Middleton Murry, ha sabido patentizarlo con adecuadas razones ya en el comienzo mismo de su libro *The probleme of style*: «Creo que es experiencia bastante común, para quienes han dedicado algunos años a la profesión de la crítica literaria, el deslizarse casi inconscientemente hacia una actitud de desconfianza ante sus términos más familiares y genera-

les. El crítico llega a sentirse insatisfecho de la vaguedad de su actividad, o su arte, y se entrega al fantástico sueño de que sea posible reducirlo a la simple precisión de una ciencia. Hasta puede llegar, durante este período de insatisfacción, a olvidar que la mitad del encanto de su tarea está en el hecho de que los términos que emplea son flúidos e inciertos, y que su éxito depende de la fuerza compulsiva con que imprima en ellos un significado que se ajuste perfectamente a su propia intención, y que para su público será inequívoco.

Ya sea con la vana esperanza de dar al lenguaje de la crítica, como a los símbolos matemáticos, una significación constante e invariable, o con la más razonable finalidad de obtener un dominio más exacto sobre los instrumentos de su oficio, el crítico se preocupa por alcanzar un ideal de definición. Si no puede legislar para la república de las letras, y determinar el sentido en que deben emplearse los términos de la crítica, puede tratar de descubrir y distinguir los sentidos en que se emplean. Invariablemente se encuentra con que la confusión es grande»¹.

Para evitar esa casi inevitable confusión de la nomenclatura, conviene precisar aquí, limitar por lo menos, el alcance que en razón de algunos escritos probatorios se ha querido atribuir al título de estas páginas: *Lirismo y presencia humana en los textos literarios y no literarios*².

Si orillamos las novedades inconsultas, hoy en boga, las referencias que siguen deben aludir, para empezar, y de paso, a las páginas poéticas llamadas «líricas», en las cuales lo que importa esencialmente es la actuación afectiva, sentimental o de fantasía del poeta. Entiéndase pues que el vocablo «lírico» va empleado en primer término para destacar la predominante carga subjetiva y efusiva de un texto. Como acaece desde hace veinticinco siglos, desde las observaciones del todavía imprescindible Aristóteles, lo

lírico contrasta una vez más, y entre tantas, con lo épico narrativo. No se desecha lo que el término comporta como alusión a una poesía de intimidad y de resonancias hondas: el panorama del intramundo con exclusión del relato objetivo o de la descripción pintoresca ajenos a la aventura interior. Lo lírico, en lo fundamental, se opone así a la acción dialogada y representable, sólo propia, en sentido estricto, de la poesía dramática y de toda la literatura del teatro.

Por dicha, el conjunto de los géneros literarios no soporta demarcación absoluta y, entre unos y otros, las interferencias, las oscilaciones y las aproximaciones son continuas, a tono con la modalidad primordial del espíritu humano y de las distintas obras de arte. Nada impide que la aludida nota lírica, o que el mentado toque profundo, personal y subjetivo, esté asimismo presente —presencia lírica, presencia humana, todo es uno— aun en los escritos que por asumir la forma del relato o la del diálogo admiten, según el viejo uso, el más preciso calificativo de obras épicas y de producciones escénicas.

Por mucha que sea la parte que quiera y deba atribuirse a la inteligencia como actividad selectiva y rectora, sin necesidad de apostarse en una actitud filosófica determinada, en todo acto de creación o de elaboración estética, fuerza es admitir que lo más del arte, si no todo el arte, y en consecuencia lo más de la literatura, si no toda la literatura, constituye un momento del conocimiento intuitivo, no del conocimiento lógico. El conocimiento intuitivo se cumple por medio de la *fantasía*: es un conocimiento *individual* que produce imágenes. El conocimiento lógico descansa en cambio en la actividad del *intelecto*, no en la de la fantasía: por ello constituye un conocimiento de lo universal y se organiza en *conceptos*.

La intuición estética y el concepto lógico se oponen necesariamente, al menos en lo que tienen de específico y de efectivamente propio. Claro que también en esto apremian

algunos distinguos. Una cosa es la intuición según el uso trivial que achacamos a este término, cuando lo empobrecemos hasta hacerlo sinónimo disminuído, aunque cómodo en el habla coloquial, de la captación lúcida, instantánea, de una noción o de una verdad menuda: «Tuve la intuición de que usted vendría», «me faltaban noticias de ello, pero mi intuición me dijo que las cosas tenían que pasar de este modo...». Lejos de eso, la intuición estética no es un simple conato del conocer afectivo, menos un conocer por «pálpito», según la acepción frecuentada, turfística, de un argentinismo dominguero. No es cosa de hilar delgado, pero por lo que toca al arte la intuición no se confunde con la sensación o la aprehensión visceral más o menos compleja; tampoco debe equivocársela con la percepción, puesto que la percepción, distingo de lo real frente a lo no real, configura el acto lógico por excelencia. En la intuición de que hablamos, los límites entre lo real y lo no real carecen de diseño, y en el ámbito de esa intuición creadora y suscitadora Antígona y Caperucita Roja, el príncipe Hamlet y Blanca Nieves, o don Quijote y Pinocchio disfrutaban de una existencia tan indiscutible como la de cualquiera de las personas con quienes tropezamos en el primer cruce de calle. Acontece que esta misma intuición estética es como un modo de visión. (Nadie es en verdad gran artista si no padece *visiones*, si no *sueña despierto*, como se afirma a veces un tanto burlescamente, sin calcular la aclaradora transcendencia del aserto).

Así entendida —o mejor dicho así experimentada—, la intuición asume, y objetiva, y manifiesta, la peculiar impresión que el artista ha recibido del mundo externo, cuando no de los propios y extrañados sedimentos anímicos.

No es el caso de identificar intuición con expresión, en los términos absolutos en que hasta hace poco lo postuló la estética idealista. Pero la intuición, e incluso la entera visión que de las cosas posee el poeta, no cam-

peará en la presunta obra artística ni se hará presente a los demás hombres sino a partir del momento en que el artista la haya *expresado*. Bien se advierte que toda creación artística comporta un acto de libertad, una actitud imprevisible, una impulsión trascendente. No es pues un juego de palabras aseverar que en toda obra de arte la intuición del artista, o lo que es lo mismo su *visión del mundo* («el arte es el hombre añadido a la naturaleza», «el arte es la naturaleza a través de un temperamento»). Sólo existe para los otros, y en cierta medida para el propio artista, cuando actúa ya liberada, *ex-presa*. Por eso Benedetto Croce identifica intuición y expresión y, lo que es más, acaso forzando la equivalencia, arte y lenguaje. La visión íntima mal podría ostentarse como una inconfundible creación artística, si no se forma y conforma en el lenguaje, sea éste plástico, puramente sonoro o propiamente verbal.

Fondo y forma se confunden, se unifican en la obra de arte: lo que no está suficientemente formado, expresado, carece de realidad estética, no es artístico; su vigencia no es ni puede ser mayor que la de cuanto fluye, y naufraga, en el río grande de lo cotidiano. El verdadero creador no rehusa extraer los elementos de su obra de mundos y repositorios muy diversos, toda vez que nadie, salvo Dios, logra suscitar cosa alguna sacándola de la nada. Sólo los artistas mediocres y con más presunción que talento pretenden desprenderlo todo de sí mismos. Animador genial, y capaz por ello de las asimilaciones más contrapuestas, Goethe supo denunciarlos humorísticamente en uno de sus epigramas:

*Ein Quidam sagt: «Ich bin von keiner Schule;
Kein Meister lebt, mit dem ich buhle:
Auch bin ich weit davon entfernt,
Dass ich von Toten was gelernt».
Das heisst, wenn ich ihn recht verstand:
Ich bin ein Narr auf eigne Hand.»*³

Los genios, al menos en esto, son casi siempre mucho más humildes y propensos a pedir algo a su prójimo: Homero a autores apenas sospechados por los eruditos; Virgilio a Homero; Dante a Virgilio, a los provenzales y a ignotos maestros árabes; Shakespeare a Bandello y a Montaigne, cuando no al venerable Plutarco; Racine a Eurípides; Molière a los comediógrafos italianos y a los españoles; Cervantes a los libros de caballerías de los que dijo o creyó burlarse. ¿Y quién mejor que Goethe, por lo que a Goethe concierne, supo proclamar y sobre todo agradecer sus *deudas*? ⁴

En arte, como en cocina, y no en vano la cocina es un arte, antes que los ingredientes interesa lo que el marmítón o la comadre hacen con ellos. Si se quiere hablar a lo geográfico, pero con menos gustosa succulencia, en el estudio de lo que en las Facultades de Letras se llama las *fuentes literarias* de los autores, lo que importa no consiste en saber *cuántas son esas fuentes o de dónde derivan*. El efectivo problema crítico consiste en cambio en precisar lo que en buena o en mala hora el autor indagado atinó a *conformar* (a formar por modo conjunto, indiviso) con los materiales recibidos. Por cierto que tampoco en esto faltan sorpresas. Hay quienes con arroyuelos acaudalan verdaderos océanos, y son muchos los que, de estar a lo que decía Stendhal, con sólo mirarlo achican y achaparran al mismo Coliseo de Roma.

En todos los órdenes del arte, en el de la plástica, en el de la música, en el de la poesía, existen *producciones* que en realidad no son tales, y que por falta de aliento formador o de elaboración demorada se quedan en cúmulo de materiales, o se complican e intrincan en una especie de muestrario y de taracea tediosa. Únicamente el genio, o el talento, y en su defecto la intuición encendida de sentimiento, consiguen fundirlo, acrisolarlo y recrearlo todo en su fuego. Esta soflama secreta, afectiva, pasional y de fantasía —este *lirismo*— es lo que urge buscar

en toda obra literaria y, por veces, aun en aquellos escritos ajenos a la historia de la literatura pero reveladores, a su modo, de una personalidad egregia, sobreeminente en aciertos humanos de otra índole.

Los afanes del crítico o del lector con sentido discriminativo —y estos afanes en nada vienen a estorbar el goce luminoso, *puro*, de lo que se lee o de lo que se oye—, sin desdeñar la moral, deben soslayar el juicio moralizante, cuyo dominio es otro; sin vedarse las fruiciones aquietadoras deben evitar la muda complacencia hedonística; respetuosos de la inteligencia, deben prescindir de sus esquemas; curiosos de la sensibilidad y del corazón humano, deben atenuar, preventivamente, las singularidades del psicologismo; con noticia de las categorías idiomáticas, e incluso de las retóricas, deben pasar por alto los acostumbrados distingos teóricos, las frecuentadas clasificaciones extrínsecas. La crítica —el nombre de la disciplina lo declara, aunque en la práctica se lo olvide casi de continuo— es *interpretación*, es *juicio*. La crítica, y cuando no ella, la lectura culturalmente valiosa, exige un conocimiento *reflexivo* de la obra de arte, de la obra de arte que nace de *intuiciones*. Con razón dice Croce que los artistas, a pesar de ver en el crítico «un pedagogo rezongón y tiránico», por no saber lo que en realidad es la crítica, suelen esperar de ella algo que la crítica está en la imposibilidad de concederles, o bien temen daños que la crítica nunca logrará infligirles. «Ningún crítico puede volver artista a quien no es artista, o aniquilar a un artista que en verdad es artista» ⁵. Nada más exacto que el apotegma que antecede, nada más consolador para los artistas valiosos pero desconocidos o postergados, nada más oportunamente urticante para los malos pronto entremetidos en el éxito. La afirmación del polígrafo italiano tiene que completarse; su misma filosofía de lo bello solicita ese complemento. El verdadero crítico no es ciertamente un desvitalizado distribuidor de coro-

nas, ni un asentador de inevitables palmetazos. En su exenta, en su prestante realidad, la obra de arte es lo que es y no lo que el crítico quiere que sea o que no sea. Pero el crítico, con las luces de su sensibilidad, de su inteligencia y de su cultura puede en cambio iluminar la obra para que los menos perspicuos adviertan cómo la obra es realmente, o cómo se la hizo, o lo que vale, si vale. A la manera de un buen tasador, el crítico competente y honesto poco o nada puede agregar o quitar al mérito efectivo de la joya o al demérito de la chafalonía que le proponen. Sí puede, en cambio —porque sabe su oficio y porque es honesto—, ponderar los quilates de la joya o denunciar la liviandad y el metal de baja ley disimulado en el falso brillo, en el mero y atractivo relumbrón de la chafalonía.

Adonde va Vicente, allá va la gente. Tarea sobremanera ardua y para pocos, ésta de la crítica, aunque los más se crean idóneos para su ejercicio, especialmente en nuestro medio, donde todos «critican» y casi nadie «verifica».

La critique est aisée, et l'art est difficile

Cuando con su recortada preceptiva del siglo XVIII, el con todo discreto Destouches escribía este verso, luego tan repetido y no pocas veces atribuido a Boileau, en el vocablo «crítica» implicaba sólo, e irónicamente, el significado vulgar que en él se connota siempre que se lo hace sinónimo de juicio perezoso, o mezquino, desaforado y menospreciador.

Una sensibilidad particularmente alerta, si no sutilísima, y una clara noción de la obra literaria y de sus recursos idiomáticos es lo menos que requiere la aludida tarea estimativa. La preparación filosófica, puesto que de discriminar se trata, asienta el más seguro respaldo, pero semejante apoyo se niega a la mayoría. Por suerte, aun un pensador tan exigente como el mentado filósofo italiano, sólo acierta a comportarse en su actividad de

crítico de lo poético partiendo de la sensibilidad. Para el lector reverente, antes que para el crítico de alto rumbo, esa sensibilidad, concertada con el debido conocimiento de los usos lingüísticos generales y particulares, empieza por ser el requisito primero. Ciertamente que el gusto —la capacidad de descubrir lo bello, el tino de disfrutarlo y la generosidad de difundirlo— presupone un don personal que se tiene o no se tiene. Es virtud que no se adquiere, pero se fortifica y se afina. Se *cultiva*.

Trazar la biografía o constituir la bibliografía de un autor dispensa fatigas meritorias; ellas no bastan, con todo, para esclarecer sus textos y avizorar su modalidad profunda. Ni siquiera parece de mucha ayuda para obtener ese doble propósito la cansada enumeración de los elementos que constituyen, en lo aparente, el cuerpo mismo de la obra. Inútil, o de corto provecho, delatar los antecedentes, alistar las prefiguraciones, hurgar el lastre de los materiales. Para que el sobredicho esclarecimiento se produzca, o se insinúe, antes será preciso allegarse a la obra artística con una idea, si se quiere sumaria, pero nítida, de cuáles sean los rasgos que distinguen tal obra entre las creaciones de la diligencia y la inventiva del hombre. Será preciso luego *interiorizarse* con cada página y cada párrafo: acceder, por vía simpática —y cuando sea necesario erudita— hasta el impulso lírico, personal, único, intransferible y muchas veces secreto (secreto en ocasiones para el mismo autor) que le hizo preferir unos elementos y desentenderse de otros. Sólo entonces lo tomado de aquí y de allí dejará de mostrárenos como mostrenca o ajena pesadumbre, para renacer, trocada ya en sustancia singular, en aportación novísima. La misma cronología —la fastidiosa cronología— cobrará sentido. Entonces no será ya un ocioso aludir a la vida de quien escribió un magnífico poema, un escueto parte de batalla, una enterrecida carta familiar o un simple dicho de la conversación de entre casa. Hasta los detalles del vocabulario y

los de la sintaxis, o los de la versificación, asumirán importancia, se tornarán *reveladores*. Las cuestiones de forma serán a su vez fundamentales: también ellas, en otros términos, constituirán cuestiones de fondo.

Las obras artísticas, y de consiguiente las poéticas y cuantas le son afines, aun más allá de lo determinadamente literario responden a la noble necesidad humana de superar sus no suprimibles urgencias elementales. Vieja es la paradoja, y pascaliana: por sobre las apetencias del bruto, la dignidad del hombre y las nostalgias del ángel.

No extraña entonces que esas mismas obras, las artísticas, tiendan a producir en nosotros una impresión de belleza, una emoción estética. Esta emoción, tan entrañada como las emociones triviales, sólo llega al espíritu a través de los sentidos. Podemos experimentar equivalente impresión frente a la naturaleza (de una persona en determinados casos, de un animal airoso, de un amanecer, de una puesta de sol y de un claro de luna, cuadra decir que son espectáculos bellos). Por eso, con referencia a la naturaleza —y es noción elementalísima— se habla de lo bello natural; pero el ingenio del hombre, tras de inspirarse en la belleza que le figura su contorno, elige ciertos elementos que luego combina e integra a su manera y produce lo bello artístico, la obra de arte propiamente dicha. Lo uno va con lo otro. El arte abarca así, por fructuosa consecuencia, el conjunto de principios que permite la realización de una obra —edificio, estatua, cuadro, sinfonía, poema— capaz de suscitar impresiones de belleza y de responder a la especie de sed que de ella experimentamos, si admitimos como verdad presupuesta —y escrita— que no sólo de pan vive el hombre.

La creación artística guarda con el mundo natural una relación en algo equivalente a la que Paul Valéry, testigo de excepción en estas cuestiones, observaba entre la

enfrascada esencia de la rosa, y la rosa misma, turgente y encandecida en la aisladora amenaza de sus agujones.

Obvio, que las realizaciones estéticas pueden ser de carácter muy diverso; obvio, asimismo, que es posible clasificarlas en grandes conjuntos, en los que se reúnen y sitúan las creaciones particulares. Las artes plásticas, de tal modo llamadas por el material, no pocas veces resistente, y gobernable, manuable, que se utiliza en la factura de las obras de este orden: grafito, cera, arcilla, pasta coloreada, mármol, vidrio, piedra, jade, yeso, marfil, bronce. Entran en el mismo grupo, primordialmente, la arquitectura, la pintura y la escultura. Por los recursos utilizados, el de los sonidos puros, la música se sitúa aparte. La literatura se explaya a su vez en un registro especial. Sus obras, como las de la plástica que nos son conocidas por la vista, o las de la música que nos solicitan por la vía del oído, se perciben ya por la vista, ya por el mismo oído, y la impresión de belleza se produce por medio de los sonidos *inteligibles* y *deliciosos*, que sólo emite la criatura humana: la palabra, y en particular la palabra escrita, menos volandera que el simple aliento articulado y sin represa gráfica.

Harto se sabe que de la *letra*, el signo fijador por excelencia, proviene el vocablo *literatura*. Con el ritualismo escriturario de un chino, Stephane Mallarmé imaginaba la posibilidad de que aun en un trance azaroso la redada del alfabeto concluiría por atrapar el infinito entre sus nudos. Naturalmente, como Mallarmé era ceñido poeta y discretísima persona, él lo fiaba para largo: para un remoto después, acaso para nunca.

En el entretanto, desde que el mundo es mundo, y si no desde entonces, sí, desde que el hombre habla y escribe, ¿de qué no se han hecho cifra las palabras y los signos que las representan, o para noticia de los contemporáneos, o para el ulterior conocimiento de la posteridad cautelosa? He ahí que respira en ellas, las palabras, lo mejor, lo más

profundo, lo más grato (y también lo más lloroso y miserable) que el hombre ha sentido, imaginado y realizado. El mismo Espíritu Santo, y en el Libro por antonomasia, la *Biblia*, se allana a manifestarse en palabras y se complace en trasparecer en la letra.

Basta lo dicho, y sobra, para inclinarse ante el alzado decoro de lo literario o de lo que lo corona por encima de nuestra accesible medida terrena. Contrariamente a una opinión inoperante pero enojosamente difundida, hay que oponerse al matiz peyorativo con que a veces se afea estas nobles, humanísimas palabras: las *Letras*, la *Literatura*.

En uno y otro vocablo se pretende dar a entender, con sesgo nada pertinente, una actividad poco menos que ociosa, una atareada divagación, un rendidor pasatiempo. Por cierto que muchos escritos ni nos edifican ni nos aumentan, y antes nos malean o apocan; es verdad que con la admisible excepción del papeleo sanamente prosaico y extraliterario de la vida cotidiana (ciertas cartas, los contratos, las facturas, los avisos, los catálogos, el resto) muchos son los escritos frívolos y de huero entretenimiento. Pero las páginas de esta especie caen, por decirlo así, con frase alguna vez famosa, «fuera de la literatura»⁷. No hay que cuidarse de tales páginas; justiciero, el Olvido, que es el otoño del Tiempo, acertará a aventarlas.

Al margen y por encima de la infraliteratura, los valores de las letras auténticas residen en el pleno tesoro interior, nunca dilapidado gracias a ellas; reside igualmente en las mentadas virtualidades estéticas, que ya de por sí, como la pulpa del fruto es delicia y es zumo nutritivo cierran también fermentos educativos sustanciales. Con el lenguaje, ella que no es sino *lenguaje potenciado y ricamente expresivo*, la literatura refleja además una circunstanciada intimidad humana: un modo de ver el mundo y de irradiarlo luego según la propia captación interior, *lirica*, pero objetivada en palabras,

perfilada en giros, animada en ritmos, velada en alusiones, enjoyada en tropos.

El hombre no está solo, por suerte. *Vive y convive*. Con ser el resultado de la capacidad natural y del voluntario quehacer de un individuo, la creación artística se abraza casi siempre, con qué fuertes lazos, al tronco mismo de una comunidad nacional, de un particular sistema idiomático y de un ámbito de cultura, al que luego ella, la creación artística, bonifica o por lo menos ilustra.

No puede sorprender que los mismos hombres de acción tengan adelantado su homenaje, su loa y su reverencia, hacia los señores parejamente cimeros, aunque dispares, del pensamiento y el decir bien regidos. Hay pastores de hombres, como aquellos héroes que cantó Homero, pero al mismo Homero —para cantarlos y darles eternidad en su canto— le fué preciso constituirse en conductor de palabras.

¿Será necesario recordar la adorable conseja, no menos grata en los años pueriles que en estos que imaginamos de madurez, y evocar nuevamente al magno Alejandro empeñado en la conquista del mundo, y portador, en cofre de nobles metales y de encendida pedrería, del texto de los poemas antiguos más prestigiosos? ¿Habría que hacer memoria, para mayor abundamiento, de las reveladoras actitudes del mismo Napoleón? ¿El Napoleón que así celaba a Chateaubriand, el romántico César de todos los boatos expresivos, o así encomiaba a Goethe, y declaraba deberle, por repetido lector de *Werther*, las lágrimas mejor lloradas de su adolescencia?

El héroe es sobremanera sensible a las palabras, y la parquedad con que casi siempre las emplea denota el respeto que las mismas palabras le imponen: la máxima, sí, la epístola, el comunicado, el discurso; no la verbosidad sin compuertas y menos el parlerío demagógico.

Los espartanos, soldados natos, crearon la forma expresiva de más recio ajuste: el *laconismo*, el hablar cor-

tado, compendioso, conciso. En nuestra propia historia no falta la muestra ilustrativa ni el ejemplo preclaro.

Mucho es lo que se ha escrito en torno al general San Martín en relación con la epopeya libertadora, o con el perfil, impar, de su personalidad de héroe. Acaso queda por decir bastante acerca de su formación intelectual, aunque no se ignora cuáles fueron sus estudios juveniles, en cuyo transcurso, y por lo que hace a las letras, no le faltaron nociones de gramática, retórica, latín y francés. Sus cartas, como observó Mitre, revelan un sostenido hábito de lectura. No debe pensarse, sin embargo, que sólo leyera a los pensadores y los moralistas, que ciertamente constituyeron el linaje literario que frecuentó con significativa persistencia.

Conocía San Martín no pocas páginas de varios escritores argentinos coetáneos suyos. Muchas de Sarmiento y algunas de Alberdi, compatriotas que lo visitaron en su tierra de exilio. Los propios poetas no parecen haberle sido ajenos, sobre todo en la pausa, voluntaria pero melancólica, junto al desvelo de su hija Mercedes y el retozo rejuvenecedor de las dos nietas. De Echeverría, cuyas obras fundamentales aparecieron en Buenos Aires o en Montevideo en fecha ulterior al alejamiento del adalid de Maipo, cuando menos alcanzó a conocer uno de sus más extensos poemas, publicado en París, en el *Correo de Ultramar* ⁸.

Los propios poetas franceses de la gran época le dieron algún solaz, y acaso la misma Mercedes, reposada lectora de ellos, lo enfrentó con los textos o se los recitó cuando la vista del anciano sufría ya extremos muy dolorosos. Víctor Hugo, entonces en el comienzo de su larga hora culminativa, tuvo forzosamente que interesarle por la épica impetuosidad de su estro. Por lo que puede inferirse, ni siquiera Lamartine (el meditativo y armonioso Lamartine de las elegías, no el arrebatado Lamartine de la *Historia de los girondinos* y de las alocuciones

del 48) fué ajeno a su conocimiento. Un pasaje de Mitre, que éste incluye en el antepenúltimo capítulo de la abarcadora y monumental biografía, nos pone sobre la huella bibliográfica: «Al fin llegó al término de su trabajada existencia —asienta el historiador—. La muerte empezó por los ojos. La catarata, esa mortaja de la visión, empezó a tejer su tela fúnebre. Cuando el famoso oculista Sichel le prohibió la lectura —otra de sus pasiones— su alma se sumergió en la oscuridad de una profunda tristeza. La muerte asestó el último golpe al centro del organismo. La aneurisma, que llevó siempre latente en su seno, amortiguó las palpitaciones de su gran corazón. Trasladóse a Boulogne-sur Mer en busca, como Bolívar, de las brisas vivificantes del mar, y allí tuvo conciencia de su próximo fin. El trece de agosto, hallándose de pie en la playa del canal de la Mancha, con la vista apagada perdida en el nebuloso horizonte, sintió el primer síntoma mortal. Elevó la mano al corazón, y dijo con una pálida sonrisa, a su hija que le acompañaba como una Antígona: *C' est l' orage qui mène au port!* El 17 de agosto de 1850 empezó la agonía. «Esta es la muerte, exclamó, y expiró en brazos de la hija de su amor, a las tres de la tarde, a la edad de setenta y dos años y seis meses, para renacer a la vida de la inmortalidad» ⁹.

Ni el ilustre historiador ni los que reiteran la narración del emotivo episodio, incluso inicialmente en una carta familiar, señalan la muelle reminiscencia lamartiniana que apunta en la exclamación del héroe poco menos que sobre el comienzo mismo de su agonía. *C' est l' orage qui mène au port!* «Es la tempestad que conduce al puerto!» Acongoja advertir cómo, para atenuar la inevitable dureza del anuncio, el recio soldado acierta a comunicarlo al ser que más amaba: se demora en un rodeo metafórico y usa la veladura de un idioma extraño, aunque querido; recurre a la transposición, levemente esfumada,

y de adecuación muy patética frente a aquel marco marino, de uno de los más bellos poemas del puro lírico de Francia:

*Ici viennent mourir les derniers bruits du monde;
navigoniers sans étoile, abordez! c' est le port...* 10

Pocos días después, cuando la misma Mercedes no podía ya llamarse a engaño, el intrépido anciano vuelve a su habla habitual y al lenguaje directo —y recto— en él característico.

Porque esto es lo cierto. Aunque San Martín no fué un escritor en la remanida acepción del término, su elocución, según se nos brinda en sus cartas, en los comunicados de sus batallas o en el boceto de alguna de sus arengas, más allá de la ortografía todavía no fijada por el libre uso de la época, del empleo hoy arcaico de ciertas palabras, o de algún giro galicado procedente de las lecturas (los autores españoles del siglo XVIII y los varios frecuentados directamente en lengua francesa), nuestro héroe descubre siempre, asordinada pero perceptible, la intensa vibración interior, la contenida pero no oculta interdependencia del ser con el decir, la lírica resonancia de que se habló párrafos arriba:

«El primer título de nobleza fué siempre el de la protección dada al enemigo».

«Lo general de los hombres juzga de lo pasado según la verdadera justicia, y de lo presente según sus intereses».

«Si no soy dueño de olvidar las injurias, a lo menos sé perdonarlas».

«El tiempo me falta para todo, el dinero ídem, la salud mala, pero así vamos tirando hasta la tremenda».

«¡Ay amigo! ¡Y cuánto cuesta a los hombres de bien la libertad de su país!».

«Si usted espera que por su buena conciencia le hagan la justicia que se merece por los servicios que ha prestado a su patria, aguarde con paciencia».

«La conciencia es el mejor y más imparcial juez que tiene el hombre de bien».

«El silencio no es una prueba difícil para mis sentimientos» 11.

Despojada de adornos, de familiaridades, de redundancias y escondimientos, la expresión, lograda a expensas de las limitaciones retóricas, coincide con el temple interior y la actividad externa: la sencillez, la precisión, la claridad, el decoro y, de vez en vez, pudoroso y como de puertas para adentro, todo el amor del padre y la vencida ternura del abuelo. Lo mismo se observa en la sintaxis, aligerada, casi como por prudencia, de las articulaciones complejas, la acumulación oratoria y la despistadora imbricación de los incisos. La oración yuxtapuesta es el tipo de unidad elocutiva más frecuente, si no el único, en los escritos sanmartinianos. Desprendida, independiente, cada una de esas unidades se agrega a la anterior, sin nexos conjuntivos, y la refuerza, y la aclara. El todo configura un texto de estructura algo sumaria, casi pobre, pero sobremanera nítido, proporcionado y *honesto*. Las pruebas podrían multiplicarse, pero por ilustre y por típico basta ahincar la atención en un ejemplo. Reléase, desde esta precedente mira estilística, el parte de la batalla de Maipo:

«ACABAMOS DE GANAR COMPLETAMENTE LA ACCION. NUESTRA CABALLERIA LOS PERSIGUE HASTA CONCLUIRLOS. LA PATRIA ES LIBRE» 12.

Lección doblemente espléndida: espléndida en el hecho y espléndida en las palabras que lo comunican. Ni siquiera en tan glorioso trance, y aun escribiéndole a su grande y muy cordial amigo O'Higgins, quiso permitirse San Martín el efusivo discurso connatural en tales ocasiones. Escuetas, yuxtapuestas según queda dicho, pero en nítido y patético crescendo, sólo tres sencillas proposiciones que poco declaran por sí mismas, pero que en cambio, en la relampagueante inmediatez con que se escalonan

aciertan a decirlo todo, y ya para la historia: la hazaña cumplida, la hazaña que se prosigue, las seculares consecuencias de lo que late todavía en el minuto.

Vicuña Mackenna, el historiador chileno, ha aludido un poco de soslayo al laconismo de San Martín. El mismo general Mitre apunta que el comportamiento expresivo del héroe tuvo semejanzas con el apretado decir que por tradición se atribuye a los lacedemonios. La impresión es exacta. Los indicios que aquí hemos registrado y los muchos que no incluimos en gracia a la brevedad completan esas lejanas observaciones y permiten alguna conclusión apreciable.

No fué San Martín persona diserta, y al fin de cuentas su cometido era otro. Entre luchas y deberes continentalmente perentorios se hizo tiempo sin embargo para fundar en Lima una biblioteca de inmarcesible prestigio. Se mostró parco en el coloquio directo, pero tuvo afición al diálogo de la correspondencia, y amó los libros y gustó leerlos hasta la hora en que la luz comenzó a negársele. Como los bien integrados paladines caballerescos, en el doble tema de las armas y las letras no se avino a excluir ninguno de los términos, aunque su temperamento y su destino (esto es, su libre arbitrio frente al juego de las circunstancias) lo dispusieron con prioridad máxima para el mejor servicio del primero. El Gran Capitán de los Andes no militó entre los apocados o los mezquinos que para afirmar un término piensan que es indispensable desconocer el otro. «La ilustración y fomento de las letras —asentó explícitamente y para perenne admonición de los argentinos— son las llaves maestras que abren las puertas de la abundancia y hacen felices a los pueblos».

Hay que agregar que si bien nunca se advierten en San Martín vanas o extemporáneas ornamentaciones verbales, ello no impide que en ocasiones diversas se alcance a percibir en él, o en sus escritos, lo que ahora en la jerga de ciertas disciplinas literarias llamaríamos «vo-

luntad de estilo»: «Sé el empeño que se ha puesto en hacer creer que el general San Martín no ha tenido otro objeto en su viaje a Europa que el de establecer una monarquía en América; los miserables que hacen circular tan indignas imposturas no conocen que los sentimientos que francamente (porque soy libre) he expresado sobre este particular, no tienen nada que ver con los que respectan a la opinión de la masa en general, y que sacrificaría mil veces mi existencia por sostener la República. Alto aquí. Mi bilis se exalta y esto no entra en el orden del plan que me he propuesto».

En todo, laudablemente, brilla la concordancia, con frecuencia conseguida con mucho esfuerzo y recato, del hombre moral con el ciudadano, el soldado, el amigo y el padre de familia. Manifiesto aficionado a la frase aforística, San Martín orientó sus preferencias de lector hacia los abroquelados dichos de Epicteto en lo antiguo y hacia las reflexiones, ahora un tanto borrosas, de Guibert en lo moderno. Su ponderable ideal de concisión tiene eco corroborador en una de las que él mismo intituló *Máximas para mi hija*: «Que hable poco y lo preciso», había anotado desde temprano, pensando en Merceditas y ya con el anhelo de avezarla en su propia continencia elocutiva.

En uno de sus significados estrictos, el aserto de Buffon «El estilo es el hombre» pertenece a los escritores cuyo lenguaje manifiesta perceptible afinidad con su personalidad profunda. Pero por encima de los triunfos y de las monerías del oficio, el aserto vale también para algunos varones singulares. Aun sin haber sido lo que trivialmente llamamos un hombre de letras, y sin contar tampoco en la historia de nuestra literatura, en don José de San Martín todo se corresponde con ejemplaridad indivisa: la hazaña con el pensamiento directivo, la conducta con la palabra oral, los escritos con el carácter.

NOTAS

1. Autor y obra antes mencionados. (Oxford University Press, Londres, Humfrey Milford, 1930, pág. 1). El pasaje corresponde a la traducción castellana de D. Jorge Hernández Campo. (Fondo de Cultura Económica, México, Buenos Aires, 1951, pág. 7).

2. Esta vez, la atención recae sobre textos no literarios, pero así y todo indicativos de una personalidad descolante. Ampliamos en este artículo el criterio de apreciación que por sus resultados hemos utilizado no pocas veces en nuestros ensayos y conferencias. La pauta orientadora queda adelantada en otros sitios. Para no repetirnos, pedimos excusa por la pequeña transcripción adjunta: "En numerosos ambientes de estudio hoy se habla mucho de *estilística*, pero la palabra significa ya tantas cosas que es preferible no emplearla. Por lo que hace a la interpretación estética de las creaciones literarias preferimos atenernos al criterio de lo que hemos llamado "El poeta en sus textos". El orden del espíritu no es el de la materia, y el todo, esto es el autor, cabe en cada una de las partes: sus obras. Sin mucha jerga técnica, la fórmula que respalda nuestro modo de interpretar esta clase de creaciones cabe en una simple imagen: "...la fisonomía espiritual de un verdadero poeta se halla presente aun en el menor de sus poemas, como nuestra cara, entera y con toda su expresión, en cada pedazo de un espejo fragmentado". (Cf. A. J. BATTISTESSA, *El poeta en sus textos*, en *Estudios germánicos*, número especial dedicado a Johann Wolfgang Goethe. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1949, pág. 10).

Las líneas trasladadas en esta nota proceden de: A. J. BATTISTESSA, *Paul Claudel en una de sus odas*, en "Diálogo", N° 3, Buenos Aires, Otoño-invierno, 1955, pág. 61.

3. *Goethes Werke*, Insel Verlag, Leipzig, s. f. (T. I, Gedichte, pág. 240, *Sprüche*, 65).

Vertido a lo prosaico, el epigrama apunta lo que sigue:

Un quídam me dice: "No pertenezco a escuela alguna;
no existe maestro al que yo tribute homenaje;
además estoy muy lejos de haber aprendido algo de los muertos".
Ello significa, si entiendo correctamente:
"Soy un necio modelado por mi propia mano".

4. Para ahorrarse citas, basta traducir este fragmento de una de sus "confesiones": "¿Qué soy? ¿Qué he hecho? He acopiado y utilizado cuanto pude oír y observar. Mis obras fueron nutridas con el aporte de múltiples y diversos individuos, ignorantes y sabios, discretos y tontos. La juventud, la edad madura y la vejez me aportaron sucesivamente sus ideas, sus capacidades, sus maneras de ser. Recogí, a veces, la cosecha que otros habían sembrado. Aunque lleva el nombre de Goethe, mi obra es así la tarea de un ser innumerable, colectivo". (Cf. A. J. BATTISTESSA, *Breviario goethiano*, en "Verbum", N° 82, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1932, pág. 212).

5. El pasaje crociano impone una mención cabal y por extenso: "La colpa è questa volta, a dir vero, degli artisti, che non sanno che cosa sia la critica, o ne aspettano favori che essa non è in grado di concedere, e ne temono danni che non è in grado d'infliggere, essendo chiaro che,

come nessun critico può rendere artista chi artista non è, così nessun critico può mai, per metafisica impossibilità, disfare, abbattere e nemmeno intaccare lievemente un artista, che sia artista: queste cose non sono mai accadute nel corso della storia, non accadono ai nostri tempi, e c'è da stare tranquilli che non accadranno mai nell'avvenire". (*Breviario di estetica*, cap. IV. La cita se hace aquí según los *Nuovi saggi di estetica*, 2ª ed., Bari, Gius. Laterza & figli, 1926, pág. 70).

6. Place traducir este verso, por lo demás poco o nada complicado. Mínima destreza la de recoger la antítesis que en él se encierra, con la rítmica y bien balanceada simetría de los hemistiquios:

La crítica es holgada, pero el arte es difícil...

El original léese en *Le glorieux*, 1732, linda comedia de carácter del mismo Philippe Néricault Destouches (1680-1754).

7. Famosa, sobre todo en ocasión del comentario sesgadamente irónico con que hace años Anatole France arremetió contra el entonces divulgado y avulgarado Georges Ohnet. (*Hors de la littérature*, en *La vie Littéraire*, París, Calmann-Lévy, 1888-1899, t. II, págs. 56-64).

8. En fecha próxima nos agradecería poder remitir al lector a nuestro extenso estudio y al texto con notas nuevas y ampliamente documentadas de *La Cautiva* y *El Matadero*, del propio Echeverría. Preparada en 1951, en ocasión del centenario del poeta, la impresión quedó demorada por motivos ajenos al buen deseo del comentarista.

9. Cf. el mencionado capítulo en la *Historia de San Martín y de la emancipación americana*.

10. Aquí mueren los últimos rumores de este mundo:

¡Oh nautas sin estrella, abordad! Es el puerto...

Versos iniciales de la primera estrofa del poema "La semaine sainte à la Roche-Guyon", datado en abril de 1819, e incluido por Lamartine en *Les méditations poétiques* ("meditación" N° XXVI). Naturalmente, las circunstancias evocadas en el poema son distintas a las de nuestro héroe en aquella tarde de agosto. En el caso de San Martín, trátase más de una reminiscencia que de una cita. Antes de entonces, él había empleado la misma imagen, antiguo tópico de la lengua poética y del habla coloquial: "Usted dirá que me habré incomodado. Sí amigo, un poco, pero después que llamé la reflexión en mi ayuda, hice lo que Diógenes: zambullirme en una tinaja de filosofía, y decir —todo esto es necesario que sufra el hombre público para que esta nave llegue a puerto". (Carta a D. Tomás Godoy, Mendoza, 29 de noviembre de 1815).

11. Estos fragmentos, como otros citados más adelante, proceden de proclamas, comunicaciones, cartas. Las indicaciones bibliográficas, aquí prescindibles, quedan para otro estudio.

12. Desde este parte, la concisión castrense, tan ilustrada por el soldado-escritor de *De bello gallico*, o por la inabarcable genialidad napoleónica, se torna, sin préstamo, virtud elocutiva argentina. Aunque sea de paso, nada más justo que destacarla como con caracteres lapidarios. No estaría mal que a todos volviera a servirnos de ejemplo.

ANGEL J. BATTISTESSA

Las Bibliotecas Argentinas

Historia: El proceso histórico de las bibliotecas, en la Argentina, está ligado no sólo al proceso total de la cultura sino también al de la vida política de la Nación y esencialmente al de la lucha por la libertad de pensamiento. Sabemos que en el período de la conquista y en el de la colonia se prohibía por reales cédulas el ingreso de determinados libros a estas tierras americanas; sabemos también que, pese a tales medidas restrictivas, e introducidas como contrabando, circularon obras expresamente prohibidas, incluso las de Voltaire y las de Rousseau, las cuales contribuyeron a acelerar el proceso revolucionario. Quienes poseyeran tales libros exponían su tranquilidad y sufrieron a veces el encierro en las cárceles. La Iglesia practicaba expurgos más o menos rigurosos y autorizaba a la vez a determinadas personas a leer libros considerados heréticos. Podría agregarse tal vez que, dada la naturaleza de los organismos encargados de hacerla, más rigurosa sería la pesquisa por razones religiosas que por las políticas.

De las características propias de la época, del magro porcentaje de los que sabían leer, del más escaso de los que tuvieran el hábito de hacerlo y del tipo de gentes que vinieron a colonizar el territorio argentino, puede deducirse que no abundaban en él los libros y que pocas bibliotecas habría fuera de los conventos. En todas, conventuales o privadas, eran mayoría los libros piadosos y de filosofía teológica. Los libros de ficción, de literatura popular o caballeresca, que acompañaron a los conquistadores en su largo y penoso andar por los caminos de la Conquista, no formarían bibliotecas sino que se pasa-

rían de mano en mano y en la mochila de soldado harían un solo cuerpo con el mazo de cartas.

La biblioteca del Colegio de los jesuitas, en Córdoba, tenía en 1767, cuando se expulsó a la Compañía, 12.148 obras y 1.500 cuadernos, cantidad digna de respeto y cuyos ejemplares el gobernador propuso que se destinaran al servicio público. El funcionario no logró tal autorización, pero en Santa Fe la Junta de Temporalidades, que se hizo cargo de los bienes de los jesuitas de allí, dió destino de «biblioteca común» a los libros que ellos dejaron.

Ésas no fueron bibliotecas públicas. El propósito de instalar una de tal carácter surgió con la Revolución de Mayo y fué inspiración de Mariano Moreno, el dinámico secretario de la Junta Revolucionaria, a quien se ha querido retacear mezquinamente, y con muy contrario resultado, esa iniciativa. Moreno mismo fijó con claridad el espíritu que orientaba esta creación en la *Gazeta* del 13 de setiembre de 1810, en un artículo que puede considerarse como el acta fundadora de nuestra Biblioteca Nacional. Ella mereció después el estímulo de los gobiernos progresistas, principalmente el de Rivadavia, y fué abandonada durante la tiranía de Rosas. La casa de los libros corrió igual suerte que la escuela pública, aunque no fué, como ésta, puesta bajo la custodia del jefe de policía. La tiranía de entonces, como las de siempre, prefirió desviar la atención del pueblo hacia el carnaval bullanguero a fomentar su recogimiento en el estudio y la meditación.

El fin de la Dictadura significó la vuelta del espíritu de Mayo, que vivió en el exilio durante el período rosista. Los hombres que la batieron, dieron de inmediato gran impulso a la cultura, porque comprendieron que la educación del pueblo era la mejor valla contra nuevas tiranías. Se dió nuevo vigor a la creación de Moreno; se establecieron —Mitre fué el propulsor—, bibliotecas en los

colegios de enseñanza secundaria; se fijó entre los fines de las juntas escolares el de fomentar la lectura, y se fundó la biblioteca del Congreso Nacional.

Iguales alternativas tuvo la libertad de imprimir y la de introducir libros: Rivadavia, que fundó la Universidad y dió impulso a las ciencias, las proclamó amplias; Rosas, con el pretexto de vigilar la moral, cercenó ambas libertades. La caída del dictador fué el surgimiento de una prensa vigorosa, combativa y valiente, escrita con pasión por quienes poco antes alternaran el ejercicio de la pluma con el de las armas. Sarmiento llegó a la presidencia como culminación de su titánica lucha por la educación y con el recuerdo fresco de lo que viera surgir en los Estados Unidos como arma poderosa de la democracia: la biblioteca pública. Desde el gobierno, y con esa inspiración, proyectó la ley que lleva su nombre, sin escuchar la burla de los descreídos y de los escépticos, quienes no tuvieron reparos en decir que el papel de los libros era utilizado por los bibliotecarios de la campaña para armar sus cigarros. Pero la burla no lo acobardó esta vez, como no lo acobardó nunca, y puso, en 1870, las bases de las bibliotecas populares argentinas. Para hacerlas efectivas como instrumentos de cultura, quiso dotarlas de libros modernos, prácticos, de conocimientos útiles, libros que incitaran al pueblo a leer y le enseñaran algo. Opinó que habían de traducirse de otros idiomas, del inglés especialmente, ya que, según lo expresó muchas veces, creía que España seguía viviendo, culturalmente, en la edad media. Y como el consumo de una sola nación, poco poblada, sería escaso, firmó convenios con los gobiernos de otros países para afrontar en común el costo de las ediciones. Algunos de esos libros, como los de la clásica *Biblioteca de las maravillas*, se encuentran aún en las viejas entidades de cultura y la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, creada por esa ley, es todavía su más eficaz propulsor.

El pensamiento del gran educador fijó la tercera etapa de la biblioteca argentina. La primera, la de la Colonia, fué la biblioteca conventual o la colección hogareña de libros, principalmente piadosos y escolásticos; la segunda, la de la Revolución, de una biblioteca oficial con miras a los estudiosos y a los eruditos; la tercera, que es actual, la de Sarmiento, de biblioteca dirigida a la masa de la población, activa, vigorosa, agresiva contra la ignorancia; un instrumento de educación que debía llevar el impreso a las viviendas humildes más alejadas de los centros urbanos. Es fama que los libros de estas bibliotecas se aprovechaban por los analfabetos, pues se hacían reuniones para que estos escucharan su lectura.

La ley de bibliotecas populares, dictada en 1870, no hizo que éstas dependieran del Estado sino que acordó a las que se formaran el aporte gubernamental de sumas iguales a las que los vecinos reunieran para comprar libros. Las bibliotecas se constituyeron como sociedades para el fomento de la cultura, con plena autonomía, y tal sigue siendo su característica, pues el Estado las ayuda, no las sostiene.

Sarmiento entendió la biblioteca como una continuación de la escuela y si muchas de las que surgieron a su llamado se perdieron, otras de su época se prolongan al presente. La siembra fué fructífera y los libros por él desparramados sobre el país despertaron muchas vocaciones. En cuanto al espíritu que animó a su creador y a la visión que tuvo al fomentarlas tesoneramente, basta leer las numerosas páginas que escribió, las conferencias que dictó y las orientaciones que quiso darles, para apreciar su extraordinaria visión en el campo bibliotecario. Sus ideas son actuales y pueden nutrir perfectamente el alma, diremos así, de las dinámicas bibliotecas que el tiempo que vivimos requiere y son realidad donde más ha progresado esa actividad de la cultura pública.